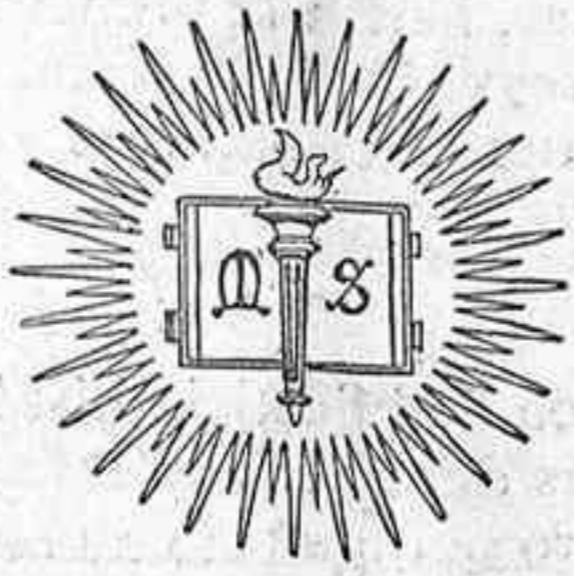


La Ilustración Artística



Artística

AÑO XXV

← BARCELONA 9 DE ABRIL DE 1906 →

Núm. 1.267

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MATER DOLOROSA, cuadro de J. Víctor Kramer

ADVERTENCIA

Con el número anterior hemos repartido á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo de la serie de 1906, que es la obra de Gustavo Droz TRISTEZAS Y SONRISAS, traducida de la 80.^a edición francesa.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *El triunfo del Cristianismo*, por Viada y Lluch. — *La máquina de coser (cuento)*, por P. Gómez Candela. — *El rey Eduardo VII de Inglaterra en Biarritz*. — *La procesión del Viernes Santo en Cambre*, por Eulalia de Liaus. — *Los resucitados de Courrières*. — *Bellas Artes*. — *Problema de ajedrez*. — *El falsario*, novela ilustrada (continuación). — *El Sábado Santo en Florencia*, por Elena Zimmern. — Libros recibidos.

Grabados.—*Mater Dolorosa*, cuadro de J. Víctor Kramer. — El niño violoncelista Antonio Sala. — *El triunfo del Cristianismo*, cuadro de Julio Borrell. — *Tamino y Pamina*, escultura de Carlos Wollek. — *El corista*. — *Mauona*, esculturas de F. Jahn. — *El descendimiento de la cruz*, cuadro de Julio Borrell. — *El rey Eduardo VII de Inglaterra en Biarritz*. — *Llegada del rey á Sare*. — *Partido de pelota jugado en Sare en honor del monarca inglés*. — *Los marineros japoneses de la escuadra del almirante Togo que han ido á Londres para hacerse cargo de los barcos de guerra construídos en Inglaterra para el Japón*. — *Los marineros japoneses visitando la tumba de Nelson*, dibujo de J. Duncan. — *Cristo y la mujer adúltera*, cuadro de José Block. — *Los «resucitados» de Courrières*. — *El Sábado Santo en Florencia: Llegada del carro tirado por bueyes*. — *El «Portafuoco» que lleva el fuego santo*. — *Las piedras sagradas, la bolsa y la caja en que se guardan*. — *La explosión de los fuegos artificiales delante de la catedral*. — *Ovejas entrando en el redil*, cuadro de Antonio Mauve.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¡Qué chaparrón de niños prodigiosos se nos ha venido encima con la Cuaresma! Cada día aparece uno de estos fenomenitos, y cada biografía y cada retrato que los periódicos nos ofrecen añaden motivos de asombro y de admiración á los que ya teníamos. ¡Cómo! ¡A los siete años se posee todo eso de la inspiración, el sentimiento, la maestría! ¡Cómo! ¡A los diez se interpreta á Beethoven, se comprende la recóndita intención de Saint Saens, se hacen maravillas con la música profunda y casi invisible de ciertos innovadores sublimes y filosóficos! Es realmente para sentirse aturcido, y para correr á aplaudir tales obras sorprendentes de la naturaleza y de Dios.

* *

Pero es el caso que, al contemplar á esos niños pálidos, de cabello crecido y brillante, de ojos rodeados por ojeras hondas, de actitud elegantemente pensativa, esos niños demasiado finos, demasiado formales, demasiado artistas para su edad, correctamente vestidos, sonrientes y haciendo reverencias al público, al contemplarles, digo, surge involuntariamente la idea de la planta de estufa, forzada, sometida á procedimientos de cultura que no diré que sean antinaturales, pero que, por lo menos, no son los que dispone, en su armónica sabiduría, la madre naturaleza.

El niño no puede ser artista... Si lo es, infringe prescripciones de esa gran madre, más bien severa y dura que cariñosa, en cuyo seno se adquieren energías para la vida y la lucha, recogiendo en los primeros años para sobrellevar el desgaste de los postreros, los embates de ideas, sentimientos y pasiones, que el arte exalta y agiganta, y que consumen la sangre y la fuerza precipitando la vejez. El niño debe ser un inconsciente, y su inconsciencia, su insensibilidad, ó al menos su sensibilidad ligera y tornadiza, deben prolongarse cuanto quepa; y tal es la razón de que filántropos y médicos, cuantos se preocupan de la salud y la higiene, abominen de los artistas precoces, criados en *serre*, como éstos.

* *

Más que los niños asombrosos, interesan mi atención los aeronautas atrevidos y resueltos. Es verdad que, en materias de valor, nos sentimos siempre doblemente impresionados por las valentías que no seríamos capaces de realizar. La sola idea de ascender en una de esas barquillas cuyo sostén á incommensurable altura es una burbuja de seda inflada, me da escalofríos. Todo lo que se quiera, las valentías que sean necesarias, pero sobre la tierra, que es nuestro elemento. Contribuye á la impresión de terror la idea de la falta de espacio donde revolverse—hallándose, sin embargo, flotando en el espacio infinito.—Presos en la estrecha celda de la barquilla, sin poder desentumecer el tronco ni estirar las piernas; obligados á envolverse y cubrirse para evitar el frío, inmóviles por no comprometer el

equilibrio de la barquilla, y hasta privados de fumar los aeronautas, porque el cigarro, en la aerostación, constituye un terrible peligro, la angustia debe de ser grande, á menos que se posea un corazón intrépido, una envidiable serenidad. Que la poseen los jóvenes deportistas, no se puede discutir: si su espíritu se achicase, harían la primera ascensión, pero no harían la segunda, la tercera, las muchísimas que ya ha practicado el animoso y afortunado Fernández Duro.

* *

Y hay un poco de injusticia histórica en el destino de los héroes del aire. Dijérase que así como el humo del cigarro se dispersa en el ambiente que rodea al fumador, la fama de las guapezas y bizarrías aerostáticas se pierde en las nubes hacia las cuales boga decidido el ligero globo. Todo el mundo recuerda y celebra los nombres de los paladines Bernardos y Roldanes; hay aún quien cante las fazañas de Francisco Esteban y otros contrabandistas de colmillo retorcido; pero nadie pronuncia enfáticamente el de uno de esos hombres de pelo en pecho, que sin esperanzas de que la mirada humana se fije en su hombría, se mete en la fragilísima barquilla de un globo y va á sucumbir obscuramente, precipitado como el Icaro fabuloso, revuelto entre los fragmentos de sus rotas alas, á los abismos del mar ó sobre los duros pedregales de algún valle ignorado.

* *

Los aeronautas tienen hasta la elegancia de gesto de afirmar que su terrible *sport* no ofrece peligro. Lo repiten incesantemente, lo porfían: el globo es menos arriesgado que el automóvil... Y acaso sea así: el verdadero riesgo, en el fondo, no importa tanto como la apariencia del riesgo, que señorea la imaginación y apoca el ánimo. En el automóvil se toca la tierra, aunque sea para estrellarse en ella al chocar contra un tronco, un muro, un carro ó un transeunte. En el aire no se puede chocar con nada: sólo la impericia del navegante, su descuido, ocasionan el naufragio aéreo. El camino está despejado y libre, el camino inmenso, sin superficie, sin fondo, sin orillas... Y aseguran los familiarizados con él, que es un placer grande, original, una sensación fuerte y preciosa, el sentirse flotar así, en dulce y fantástica quietud, lejos de todo ruido, sin ver más que como puntos imperceptibles las formas del planeta.

* *

Se podrían escribir varios volúmenes acerca de la superstición actual. «*Il ya bien du mysticisme dans ce siècle qui finit*»—ó decir allá por los años de 1889 á Emilio Zola.—Yo creo que el misticismo, cuya existencia considero efectiva, es una cosa, y otra la superstición que podemos llamar *social*, ajena á todo espíritu religioso y ajena á veces hasta á toda fe.

Y no son los países atrasados los que presentan de un modo más claro los síntomas de la superstición. Averiguamos con sorpresa que en Inglaterra se conservan los terrores medioevales, y no en las clases inculdas, que allí las habrá también, sino en las elevadas y aristocráticas. Los periódicos han hablado de duendes y trasgos que todavía frecuentan castillos y *manors*, siendo dueños absolutos de ciertas habitaciones donde no se atreven á pernoctar ni aun quizás á entrar con clara luz del día dueños ni huéspedes. Referencias particulares y autorizadas me permiten creer que no se trata de un *canard* periodístico, sino que es real y efectivo el caso.

Cuando se pregunta, con el natural interés, ¿qué pasa en esas estancias de esos *manors* y castillos del tiempo de los Puritanos y de Cromwell, qué ocurre en esas salas cerradas que nadie osa pisar?... la respuesta no calma ni satisface una curiosidad explicable y legítima. ¡Oh! ¿Qué pasa? Eso es justamente lo que nadie acertó á definir. ¿Qué se ve? Almas del otro mundo, espectros que se aparecen, fantasmas vagos que se deslizan sin tocar el suelo, espejos donde se refleja una figura que no tiene cuerpo real... ¿Pero esto es cosa positiva? Cuando menos, lo afirma gente muy seria, muy honorable, que lo ha visto... Desmentirla sería ofenderla. Los fantasmas existen.

* *

Y yo pienso que en España, en este país de romanticismo y de leyendas, no podemos citar nada análogo, á excepción de la famosa *Cámara azul* del palacio del duque de Granada de Ega, romanceada por el Padre Coloma en páginas muy interesantes... Hay, sí, por toda España, en cualquier villorrio, ca-

sas de los Duendes; las hay en el mismo Madrid, y un marqués amigo mío, persona muy inteligente, asegura que su palacio, situado en el riñón de la villa y corte, está *hanté*, que allí se oyen ruidos misteriosos y quejas profundas y desgarradoras... Pero hay que ver la sonrisa escéptica con que estas afirmaciones se hacen aquí; hay que reconocer la incredulidad española, al lado de la convicción inglesa... Yo creo que, en esa Inglaterra tan tradicionalista, la superstición es una forma de la tradición.

* *

No tengo espacio para referirme á mil supersticiones muy difundidas, que cunden cada día más en la sociedad, y que son verdaderamente candorosas. Otro día hablaré de ellas, con información detenida. Recontaré las manías contra el trece y los martes, contra el cruce de manos y la *bicha*, en favor de los jorobados y de la reunión fortuita de un cojo, un caballo blanco y un cura..., con varios graciosos dislates del mismo género, testimonio de la eterna infancia de la humanidad y de que se necesita creer..., cuando no en el cielo, en el Limbo.

EMILIA PARDO BAZÁN.



El niño violoncelista ANTONIO SALA, que ha dado recientemente y con gran éxito un notable concierto en el Teatro Principal de esta ciudad. (De fotografía de Mariné.)

Hace pocos días, el 27 de marzo último, un público tan numeroso como escogido, congregado en el decano de los coliseos barceloneses, tributaba una ovación tan entusiasta como merecida al niño violoncelista Antonio Sala, que, acompañado al piano por la notable concertista Srta. Campins, había ejecutado con singular acierto un difícil y selecto programa. Componían éste una Sonata de Valentini, el Concierto en *la* menor de Saint-Saens, una *Romanza* de Strauss, una *Berceuse* de Moszkowski y el *Vito de Popper*, y en todas estas piezas demostró el niño Sala ser un violoncelista en toda la extensión de la palabra, delicado y tierno unas veces, ardiente y apasionado otras, ora arrancando del instrumento notas dulcísimas, ora haciendo prodigios de agilidad y mecanismo, y siempre interpretando con verdadero *amor* y de un modo justo, sin exageraciones y sin falseamientos, el pensamiento del compositor.

Antonio Sala nació en Barcelona en 1.^o de noviembre de 1893, y desde los primeros años demostró gran intuición musical y una afición decidida, comenzando antes de los siete años los estudios de solfeo y de piano bajo la dirección de su padre, el conocido profesor D. Salvador Sala. En 1902 recibió con gran contento el violoncelo $\frac{3}{4}$ que había pedido á los Reyes Magos y en el cual ha estudiado desde entonces con el profesor de la Escuela Municipal de Música D. José Soler, habiendo hecho en tres años cinco cursos y obtenido en todos ellos notas de sobresaliente.

Desde muy niño tomó parte en diversos conciertos de beneficencia, y en diciembre de 1904 hizo su primera presentación en público en la sala del establecimiento editorial de música de esta ciudad Dessy y C.^a, acompañándole el celebrado concertista D. Carlos G. Vidiella y su profesor Sr. Soler. Esta audición fué dedicada exclusivamente á los profesores de música y repetida poco después en el Círculo Artístico.

Los críticos han dedicado al niño Sala grandes elogios y le auguran fundadamente un brillante porvenir. A los aplausos de la crítica y del público une los suyos LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que honra hoy sus columnas con el retrato del precoz violoncelista.

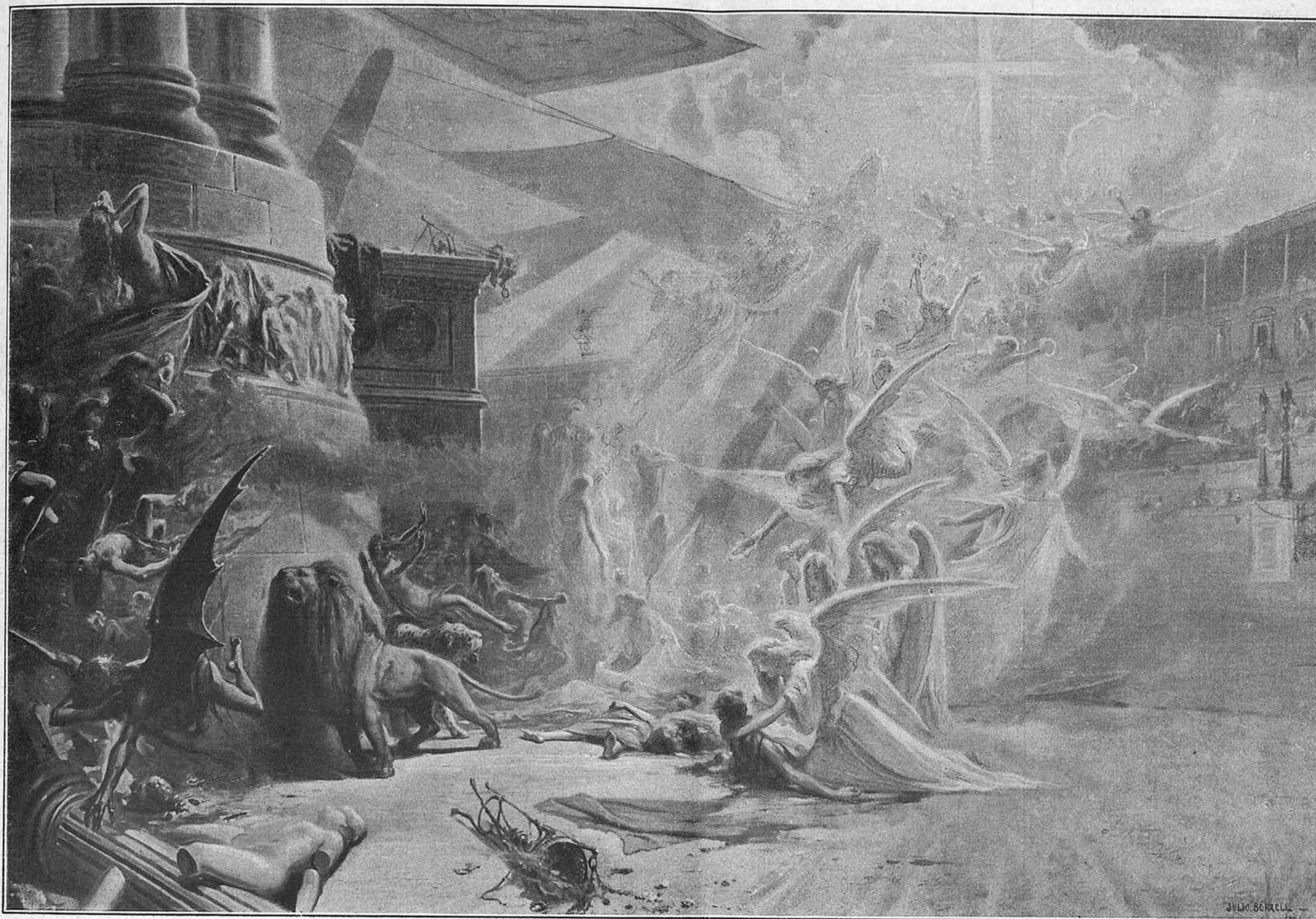
EL TRIUNFO DEL CRISTIANISMO

El sangriento espectáculo está en su apogeo. Los *apparitores* acaban de arrastrar con sus garfios hacia el sombrío é infecto espoliario á los gladiadores moribundos, y la arena del anfiteatro romano, recién

flechas de Dios lanzadas por los justos á la faz de sus opresores.

—Santo, santo, santo es el Señor Dios todopoderoso, el cual era, el cual es y el cual ha de venir.

las onzas, que se repartían los miembros palpitantes y bebían con furor insaciable la sangre, retroceden despavoridos, aullando y rugiendo estridentemente. Y senadores, caballeros, esclavos, sacerdotes, matro-



El triunfo del Cristianismo, cuadro de Julio Borrell

refrescada, brilla de nuevo con los polvos de oro, de carmín, de minio, arrojados en ella para disimular el color de la sangre.

—¡A los leones!, ¡a los leones!, exclama la multitud implacable, lo mismo los caballeros que los ciudadanos, la plebe de igual manera que las ilustres damas, distribuídos en las graderías radiales y en las altas tribunas con distinción reglamentada de clases, aunque con unidad sectaria de odios y de pasiones.

Y al propio tiempo, los *apparitores*, abriendo las cárceles, conducen al centro de la arena una cadena de cristianos.

—Santo, santo, santo es el Señor Dios todopoderoso, el cual era, el cual es y el cual ha de venir.

Y el soldado que, habiéndole dado á elegir su general entre la renuncia de sus grados ó la abjuración de su fe, prefirió confesar el nombre de Cristo y perder las ventajas de que en el siglo disfrutaba; y el esclavo que, indignado, había arrancado un edicto imperial de persecución y desgarrádolo profiriendo invectivas contra los príncipes; y el diácono que á una conminación injusta habíase negado á entregar las Escrituras Santas; y el tribuno que en las inmediaciones del Foro había derribado un altar de los dioses; y el liberto que, al ver al gobernador ofrecer un sacrificio, dirigióse á él y quitóle de entre las manos el incienso; y la matrona que, negándose á servir á los emperadores, había hecho público desprecio de los dioses de palo y piedra; y la virgen que había abrazado una muerte santificante para evitar una vida de relajamiento, y otros y otros que desdeñaron las comodidades y esplendores de los palacios por las estrecheces y obscuridades de las catacumbas, agrúpanse en piña, murmurando versículos que llegan á la plebe enfierecida como

Y á los agudos clangores de las trompetas, que apagan los gritos desaforados de la muchedumbre aplegada en el anfiteatro, ábrense las jaulas, y las fieras, hostigadas por los látigos de los *laniatores*, parapetados tras de sólida empalizada, acuden hambreados á clavar sus garras y sus dientes en los indefensos cuerpos de los mártires.

El anciano, el joven, la doncella, destinados al sacrificio, oyen sin estremecimientos ni pavores los maúllos del índico tigre, los bramidos del león africano, los rugidos de la onza asiática.

No así el pueblo expectante, que grita, palmorea, se embriaga, se enfurece, dilatando las narices y el pecho para recoger los vapores de la sangre que cae y humea por dondequiera. Las carnes desgarradas, las tripas rotas, las cabezas destroncadas, los miembros mutilados, nada llega á conmoverle, á despertar en él un sentimiento compasivo. Ni siquiera le dicen nada los *benedictus* con que los mártires contestan á sus imprecaciones, ni los *alleluyas* con que reciben sus insultos y desvergüenzas. Pueden más que todo ello las voluptuosas miradas y las embriagadoras promesas de nocturnos goces con que atizan las iras de los hombres las mujeres que, vestidas de ligeras gasas, vierten sobre ellos sus pomos de quintaesenciadas flores.

Mas los grandes toldos de púrpura oriental que cubren el anfiteatro, entonando el sangriento espectáculo con sus encendidos reflejos, se descorren de pronto. Una claridad pálida inunda las graderías, amarilleciendo los rostros. Los mugidos cada vez más crecientes del Tíber ensordecen á todos. La tierra se estremece con sacudidas de terremoto. Las estatuas, los trofeos, los monolitos, las columnas, los trípodes perfumantes, esparcidos acá y acullá de la arena, se tambalean y caen. Los tigres, los leones,

nas, combatientes, vestales, legionarios, lictores, el pueblo todo, abandonan las gradas estrujándose en los vomitorios para buscar, sin encontrarla muchos, su salvación en la huída, dejando por donde pasan, en confusión revuelta y abigarrada, franjas de toga, jirones de gasa, bordados de túnica, pomos de oro, joyas preciosas, fascas lucientes, cascos de bronce, cetros ebúrneos.

Sólo los cristianos no huyen. Sólo las víctimas del paganismo, ajenas á aquellos temores y sobresaltos, sonríen dulcemente, y sumergiéndose, moribundas, en los éxtasis de la beatitud eterna, conversan serenamente con los ángeles de Cristo, como flores que después de una tempestad abren sus cálices á los besos solares por entre las añosas frondas que el vendabal tronchara.

—Santo, santo, santo es el Señor Dios todopoderoso, el cual era, el cual es y el cual ha de venir.

Y los ángeles, vestidos de lino limpio y blanquísimo, y ceñidos junto á los pechos con ceñidores de oro, al oír aquel salmo unísono de fe y de esperanza, lo recogen como testamento precioso de los confesores de Cristo, para predicarle á los moradores de la tierra, á todas las naciones, y tribus, y lenguas y pueblos.

Y al celestial conjuro abandonan los héroes del paganismo sus aras y se extinguen en ellas las propiciatorias llamas.

Y Diocleciano, el último y más fiero perseguidor de los creyentes, que siente pudrirsele en la boca, corroída de gusanos, la blasfemante lengua, contempla, antes de morir vomitándola, desde su palacio de Salona, la decadencia y aniquilamiento ejemplares de sus dioses y el incremento y triunfo gloriosos del Cristianismo.

VIADA Y LLUCH.

LA MÁQUINA DE COSER

(CUENTO)

En aquella buhardilla, en la que haciendo más llevadera la pobreza, entraba antes alegre la luz del sol, embalsamaban el ambiente las flores de las macetas puestas en las ventanas que daban al tejado, cantaban dos pajarillos en sus jaulas y se oían las argentinas carcajadas de un niño, que era el único que le quedaba á María de su matrimonio con aquel perdido que después de haber estado en muy buena posición había derrochado una fortuna para dejar á su mujer en la miseria, y á quien no obstante quiso tanto, ya el sol parecía alumbrar tristemente, las macetas estaban sin flores, el canario se había vendido y hasta el niño recién salido de penosa enfermedad jugaba poco y en silencio con cierta melancolía.

Aquella mujer, mártir por su hijo, había trabajado lo increíble cosiendo ropa para un comercio, pero al presente había surgido «el paro,» no había trabajo y la situación no podía ser más apurada porque el hambre no espera.

Había, cuanto antes, que vender algo; pero ¿qué? La única cama que había, el espejo, las sillas desvencijadas, el reloj de pesas tan necesario como el comer, pues gracias á sus cascadas campanadas se podía levantar al amanecer María, apenas reconciliado el sueño tras largo insomnio? ¿Los escasos chismes de cocina? ¿Las viejas perchas de hierro?.. Y sin embargo, había que vender algo, hacer dinero en seguida, porque además de los apuros del estómago, la máquina de coser, la herramienta del trabajo que se pagaba en plazos semanales, llevaba ya dos de éstos sin abonar y el cobrador había avisado que la casa no tendría más remedio que retirarla... y después de lo que ya tenía satisfecho. ¿Y luego, cuando volviera la labor?

El casero también amenazaba con el desahucio y todo, en fin, hubiérase dicho que se conjuraba contra aquella madre infeliz.

Arrinconada en la cocina, había también otra máquina de coser, pero muy antigua, de uno de los primitivos modelos, no funcionaba ya ni merecía la pena de componerla y, herrumbrosa y oxidada, permanecía allí cual trasto inútil. María, sin embargo, la tenía cierta estimación: había sido el regalo de boda de un buen amigo de su padre, del marqués de Puente Blanco, hombre extravagante que aseguraba que aquella máquina habíase comprado para su madre y que si los tiempos iban mal podría, en caso de apuro, echarse mano de ella.

**

Mal habían ido los tiempos para la pobre María, pero ésta había tenido que echar mano de otra máquina para su labor, y la del regalo permanecía arrinconada y polvorienta.

Faltábanle también varias piezas, y el niño de María solía entretenerse jugando con algunos tornillos, mientras su madre cosía en la máquina moderna.

Llegó un día que amaneció terrible para la que de señorita se había convertido en obrera. No había

ni para el desayuno y aquel pobre hijo iba á pedirlo de un momento á otro.

¿Qué hacer?, se preguntaba María desesperada y puesta de codos sobre la mesita de camilla. Después de breve reflexión decidió llamar á un trapero y venderle la máquina del marqués. Si es que la que-

Una idea feliz acudió con la rapidez del rayo á la imaginación de María.

—¡Oh, Dios mío!, exclamó! ¿Será ésto de plata? En un instante se colocó la mantilla, rogó á una vecina estuviese un momento al cuidado del pequeño, que siguió entretenido sentado en el pavimento, y María, después de envolver dos tornillos en un papel, salió casi corriendo.

Contados minutos bastaron á aquella mujer, que ya no parecía correr, sino volar, por las calles, para transponer la distancia que mediaba entre su casa y la de la tienda en cuya portada se leía un rótulo que decía: «Se compra oro, plata y platino.»

María saltó rápidamente el escalón y penetró ligera en el comercio. Sofocada, convulsa, arrojó sobre el mostrador los tornillos.

El dueño los cogió y los examinó ligeramente. El corazón de María latió con violencia extraordinaria.

—Sí; es plata, y buena, dijo el comerciante, y sin conceder gran importancia al asunto, como hombre curado de caprichos, arrojó los tornillos en la balanza, limitándose á añadir fríamente: ¡Vaya un gusto de tornillos!.. Y son macizos.

**

El final de la escena se adivina. María volvía á su casa con unos cuantos duros de veras y el dueño del establecimiento quedaba en ir á casa de la obrera á examinar la máquina.

No se hizo esperar mucho el comerciante, y en las primeras horas de la tarde se presentó acompañado de otro señor en la habitación de María.

Tras de un examen, por cierto no muy detenido, convinieron en que en la tal máquina era todo de plata, afirmando que no tenían el menor inconveniente en adquirirla.

María pensó, en su afecto al extraño mueble, reservarse alguna pieza como recuerdo; mas tan atolondrada estaba de cuanto veía ante sus ojos, que pronto se le borró la idea.

Conformes en la venta, una hora más tarde dos mozos cargaban con la máquina. Ya en la tienda y desarmada algún tanto, se fué pesando. María presenciaba atónita la operación.

Terminada ésta, María recibió poco más de 900 pesetas. Dios la había amparado premiando su resignación y su virtud: ella y su hijo se habían salvado. El marqués de Puente Blanco sonreiría en su tumba.

**

María no dejó de trabajar por eso; al contrario, afanóse más y pudo dar á su hijo una carrera y volver á ver en su buhardilla la luz alegre del sol, las flores en las macetas embalsamando el ambiente, los pajarillos cantando en sus jaulas y á Luisín reír contento.

Hoy aquel niño que estudió con aprovechamiento es un médico de gran reputación y un hijo que adora en su madre, aquella que costeó sus estudios gracias á una máquina de plata y á quien ahora no vacilaría él en comprarle, si ella quisiera, una de oro, que tal es el poder del trabajo y de la virtud.

P. GÓMEZ CANDELA.



Tamino y Pamina, grupo de la fuente erigida en Viena en honor de Mozart, obra de Carlos Wollek

ría, porque como aparato no valía nada y ¡pesaba tanto! que para transportarla harían falta dos hombres.

Vuelta á sus reflexiones, María oyó de pronto cerca de sí el sonido metálico que produce una moneda gruesa de plata cuando se suena en una piedra: ¡Un duro!, exclamó. ¡Bah, me habré equivocado!

Y sin embargo, no era ilusión, porque indudablemente era un duro lo que estaban sonando.

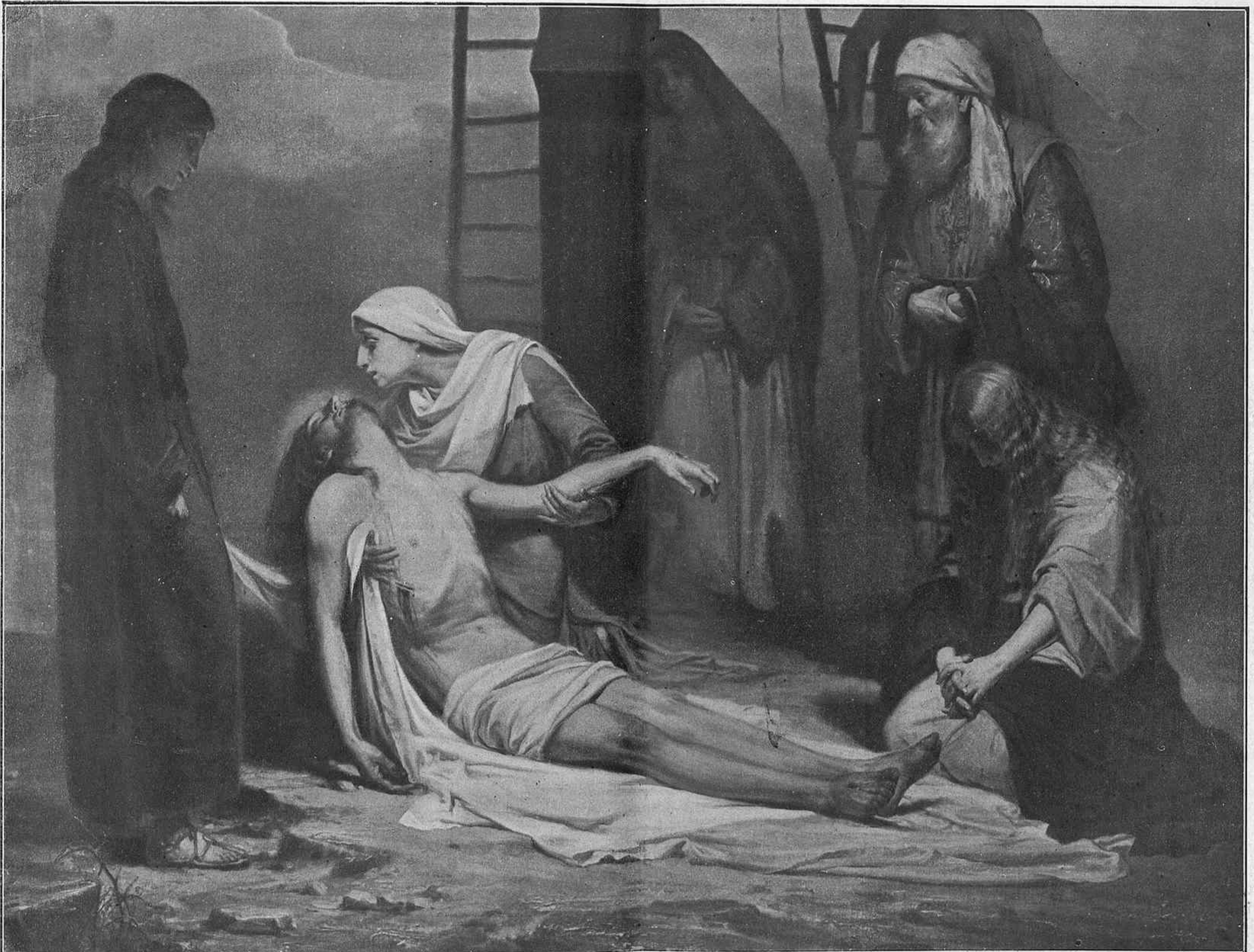
María levantóse y corrió á la cocina, contigua á la habitación en donde estaba, y halló á Luisín, á su pequeño, que sentado en el suelo entreteníase en arrojar fuertemente contra las baldosas del piso uno de los tornillos de la máquina vieja, sonriendo cual si le agradase el sonido fino y argentino que se producía.



El corista, busto en bronce de F. Jahn



Madona, escultura de F. Jahn



EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ, cuadro de Julio Borrell

EL REY EDUARDO VII DE INGLATERRA

EN BIARRITZ

Cerca de un mes ha permanecido el monarca inglés, de incógnito y con el título de marqués de

El llamado priorato de Cambre es una iglesia románica, de mucho interés arqueológico. Bastante desfigurada en su interior por las injurias de las malas reparaciones, más que por las del tiempo, conserva, sin embargo, su carácter de época y muy bonitos y curiosos detalles de complicada labor, so-

logos que van por el mundo con un martillo a prevención, procurándose fragmentos de cosas raras. Bien dotada la iglesia, con gran casa prioral y otras ventajas, conservó siempre cierta importancia, mantuvo la supremacía sobre todas las parroquias del distrito, y nunca en ella decayó el culto. Por eso es la única donde se celebran los oficios y la tradicional procesión del Viernes Santo.

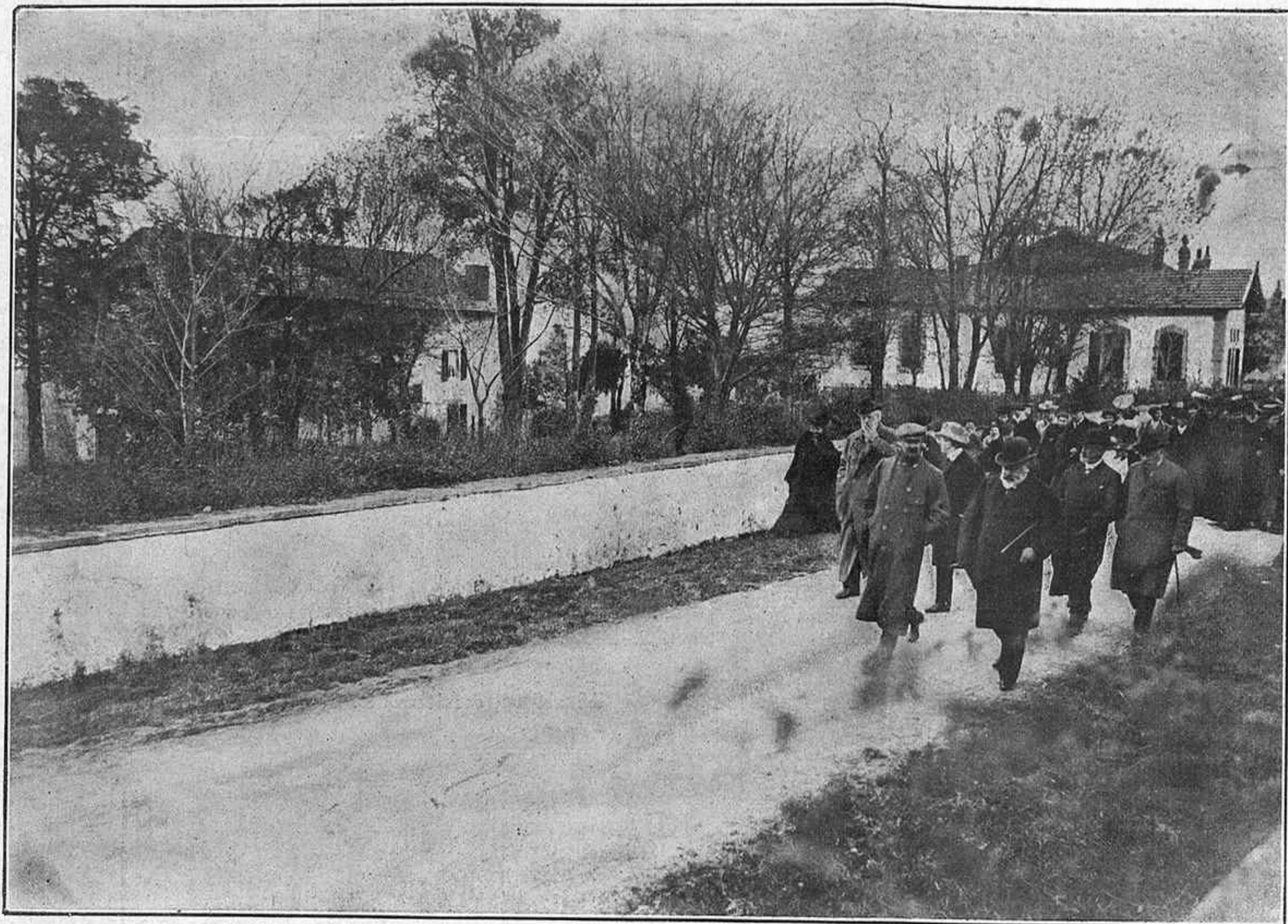
Nadie sabía de eso una palabra. Nuestra parroquia dista de Cambre no más de una hora de camino, y nunca habíamos oído hablar de tal procesión. Así, á la primera noticia que de ella tuvimos nos propusimos verla, poniéndolo por obra el día adecuado de uno de estos años últimos.

Era una de esas tardes peculiares de la Semana Santa, en que tan bien conciertan las condiciones físicas de la estación con el sentimiento que parece impreso en el mundo cristiano cada vez que se conmemoran los misterios de la Muerte y Resurrección del Señor: clara, fría, triste, con el dejo del pasado invierno y con ráfagas ó presentimientos de esperanza manifestada en la vida de los campos, por el trigo que reverdece, por los *tojales* todos recamados de oro, por las primeras flores blancas de los espinos.

Cambre está en una meseta despejada. Domina por un lado el río Mero, con sus pintorescos molinos, la estación del ferrocarril, y por todas partes campos bien cultivados, casas de recreo, huertos de frutales *brabadizos* y sotos, los cuales, desprovistos ahora de follaje, comparable en el mundo vegetal á la *beauté du diable* que lo disimula todo, dejan al descubierto las verdaderas formas del terreno, las ondulaciones, los declives, los *agros* y los mil detalles que avaloran el país.

A nuestra llegada todavía se veían por caminos y *corredoiras* y á campo traviesa filas de personas que subían á Cambre; pero ya la explanada de la iglesia estaba llena de gente que se esparcía por el contiguo soto de castaños seculares donde se celebra la feria mensual más afamada de los contornos.

La concurrencia se componía casi exclusivamente de aldeanos y del elemento ambiguo, entre campesino y burgués, que vive de la pequeña vida oficinesca y mercantil favorecida por el Ayuntamiento. El *señorío* que veranea en aquellos lugares estaba ausente. Cerradas las verjas de las lindas casitas mo-



EL REY EDUARDO VII DE INGLATERRA EN BIARRITZ. — LLEGADA DEL REY Á SARE, EN DONDE SE JUGÓ UN GRAN PARTIDO DE PELOTA DISPUESTO EN SU HONOR. ACOMPAÑÁBANLE SIR STANLEY CLARK, EL HON. MR. OREVILLE Y VARIAS PERSONAS DE LA COLONIA INGLESA. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.^o)

Lancáster, en la linda población francesa en donde suele invernar una numerosa y distinguida colonia, especialmente de franceses y de ingleses. Lo benigno del clima, lo hermoso del paisaje, son atractivos poderosos que han hecho de Biarritz una estación de invierno muy frecuentada por los que á los ruidosos placeres de la *cote d'Azur* prefieren la tranquila existencia de la pintoresca aldea que tan en boga estuvo en los últimos años del segundo imperio.

Durante su estancia allí, Eduardo VII no ha cesado de realizar excursiones por los alrededores, visitando Pau, Cambó, el Paso de Rolando, uno de los sitios más deliciosos del país vasco, San Juan de Luz, Fuenterrabía, Sare, Saint-Jean-Pied-de-Port, San Sebastián y otros lugares.

En San Sebastián visitó á nuestro rey D. Alfonso XIII y á su madre la reina doña María Cristina, que se hallaban en la ciudad donostiarra con motivo de la entrevista con la futura reina de España, la princesa Ena de Batenberg, y almorzó en Miramar con los soberanos españoles, que al día siguiente le devolvieron la visita.

En Sare asistió á un partido de pelota dispuesto en su honor, en el que jugaron los más afamados pelotaris y que, según parece, agradó muchísimo á Su Majestad Británica.—X.

LA PROCESIÓN DEL VIERNES SANTO
EN CAMBRE

Es única en su género, no porque en ella entren elementos extraños á la tristísima conmemoración representada por la urna con el cuerpo del Salvador y la imagen de Nuestra Señora de los Dolores, sino porque en la comarca, en las aldeas que rodean á la Coruña, no se celebran funciones de Semana Santa, ni hay, por lo general, otro signo que la indique, aparte de la bendición de olivos y laureles el Domingo de Ramos, que la devoción de llevar una vela de cera en la tarde del Jueves Santo á la iglesia, y colocarla, cada uno á su manera, en el altar mayor, con lo cual se forma un simulacro de monumento, la iglesia está acompañada y en el atrio hay animación, se ven y se hablan los vecinos.

bre todo en capiteles, enorgulleciéndose con poseer un objeto antiquísimo de mérito inapreciable: nada menos que una de las ánforas en que Nuestro Señor Jesucristo convirtió el agua en vino en las bodas de Canaán.

Sea de la autenticidad de tan raro objeto lo que quiera, es venerado y compone muy bien en aquel recinto, que cuenta las fechas por siglos, aunque



EL REY EDUARDO VII DE INGLATERRA EN BIARRITZ. — PARTIDO DE PELOTA JUGADO EN SARE EN HONOR DEL MONARCA INGLÉS. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.^o)

más se adivina que se contempla por lo poco que deja descubierto el cierre de madera, á modo de alacena esquinada, con que ha habido necesidad de protegerlo contra los ataques de los pseudo-arqueó-

dernas que en la vecindad de la iglesia se han levantado, y cerradas también, detrás de sus macizas, sombrías murallas, las antiguas y de más fuste y abolengo, que á distancia destacan en los campos



LONDRES. — LOS MARINEROS JAPONESES DE LA ESCUADRA DEL ALMIRANTE TOGO QUE HAN IDO Á LONDRES PARA HACERSE CARGO DE LOS DOS BARCOS DE GUERRA CONSTRUÍDOS EN INGLATERRA PARA EL JAPÓN. — 1. EL SECRETARIO. — 2. EL TENIENTE SOSHA, ÚNICO SOBREVIVIENTE DEL PUÑADO DE HÉROES QUE INTENTARON EMBOTELLAR PUERTO-ARTHUR BAJO EL FUEGO MORTÍFERO DE LA COLINA DORADA. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.^a)

el verde obscuro de sus macizos de laureles, camelias y magnolias.

Ninguna de las extravagancias exóticas de la moda disonaba en aquel conjunto serio, al cual la solemnidad del día y tal vez la estación, más adecuada al uso de paños oscuros que de percales abigarrados, daba cierto tinte armónico.

Abundaba entre las mujeres el *mantelo* y la *mantilla*, ambas prendas de fino paño negro con terciopelo y azabaches, sirviendo para cortar la monotonía los pañuelos de seda de colores vivos que llevaban á la cabeza y que las mantillas, al descansar en los hombros, dejaban al descubierto. Entre los hombres no se veían tampoco ni las feas boinas ilustradas, ni las blusas negras y otras invenciones con que la moda seduce á los muchachos que trabajan de peones ó ejercen sus oficios en la ciudad; todos vestían sus trajes de paño, los que, para muchos, sólo se compran una vez en la vida.

La impresión que causaba aquella reunión de gentes era enteramente distinta de la que producen, en aquellos mismos lugares, las fiestas en que se baila, se ríe y se merienda. Parecía otro pueblo, y era grato ver de manera tan incontestable cómo la frivolidad y los elementos disolventes, que atacan á las superficies sociales de la vida moderna, no llegan al fondo sólido y firme de nuestra raza.

La procesión salió formada con el mayor orden. Llevaban la urna jóvenes vigorosos; la Virgen de los Dolores, aquellos de sus devotos que consiguieron

atar los primeros el pañuelo á sus andas. Iba mucho clero, el de todas las cercanías, con cruz y estandarte; también su correspondiente cofradía, y como nota amena, si así vale decirlo, un grupo de niños vestidos con trajes alusivos á la Pasión. No olvidaré nunca á la pequeña María Magdalena. Era una niña rubia y morena, con una intensidad de expresión en los ojos rarísima á su edad. Llevaba la

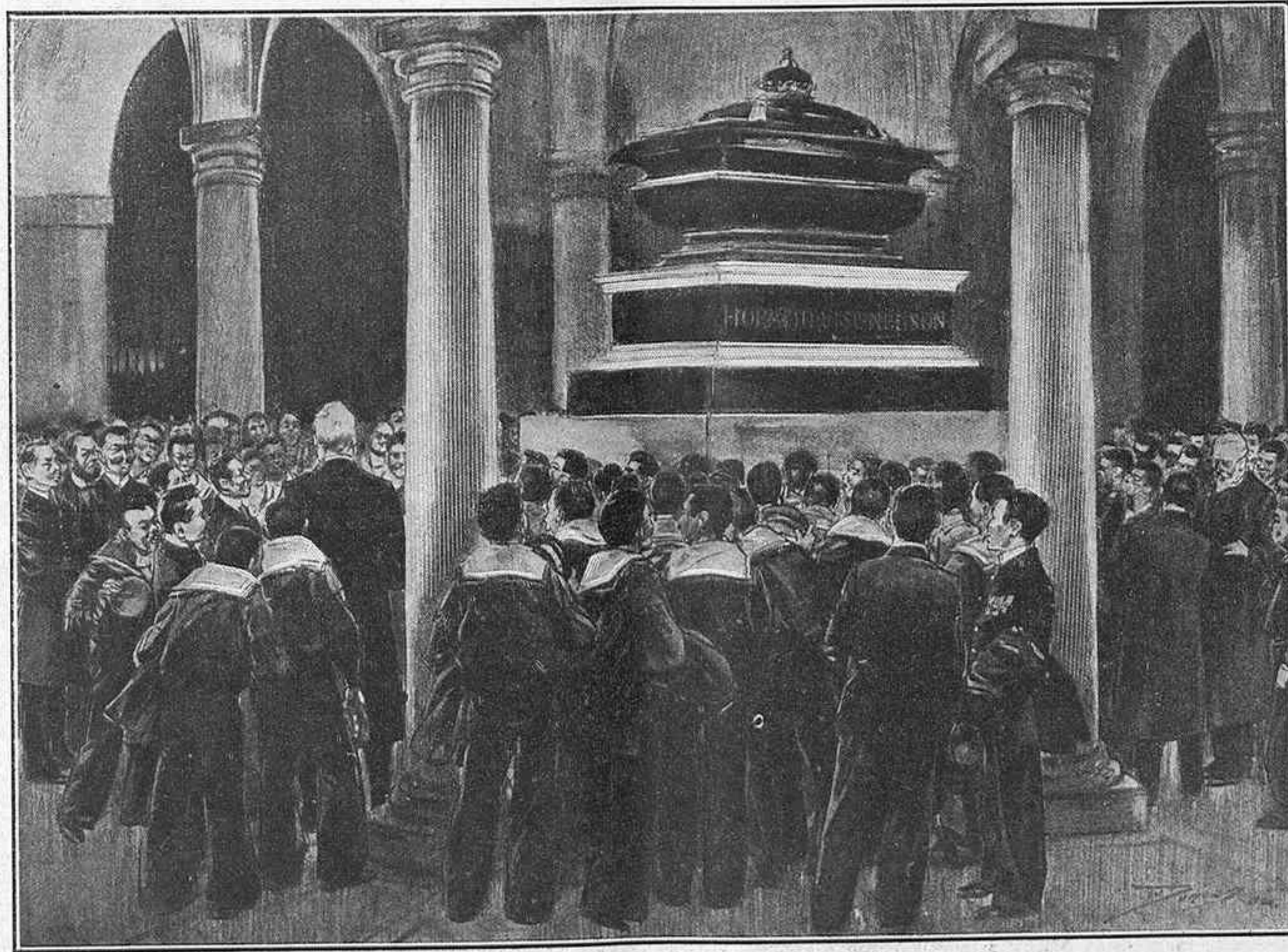
rra del arte nacen espontáneamente á favor de esas manifestaciones populares del sentimiento, que hallan tan adecuada forma en los Pasos de Semana Santa.

No lejos de la niña y mucho más interesante que ella por su sinceridad, clavados también los ojos, no en el cielo, sino en el cuerpo cadavérico de Cristo, llamó nuestra atención un anciano de tipo genuinamente gallego. Frente despejada, perfil correcto. Una aureola de gudejas como la plata le caía por la frente y las sienas. Vestía *cirolas* de blanca estopa, polainas y chaqueta de paño oscuro, chaleco de grana y en la mano llevaba la casi ya desaparecida *monteira*.

Era ejemplar rarísimo de un tiempo que se pierde y de una raza que, si no degenerada como otras, parece á veces alterada también. La gente fué uniéndose á la procesión conforme ésta se desarrollaba: los hombres, formando calle con velas encendidas; las mujeres detrás, todas en silencio, roto sólo por el sonido que producía un golpe dado á intervalos iguales con un martillo en la parte exterior de la campana.

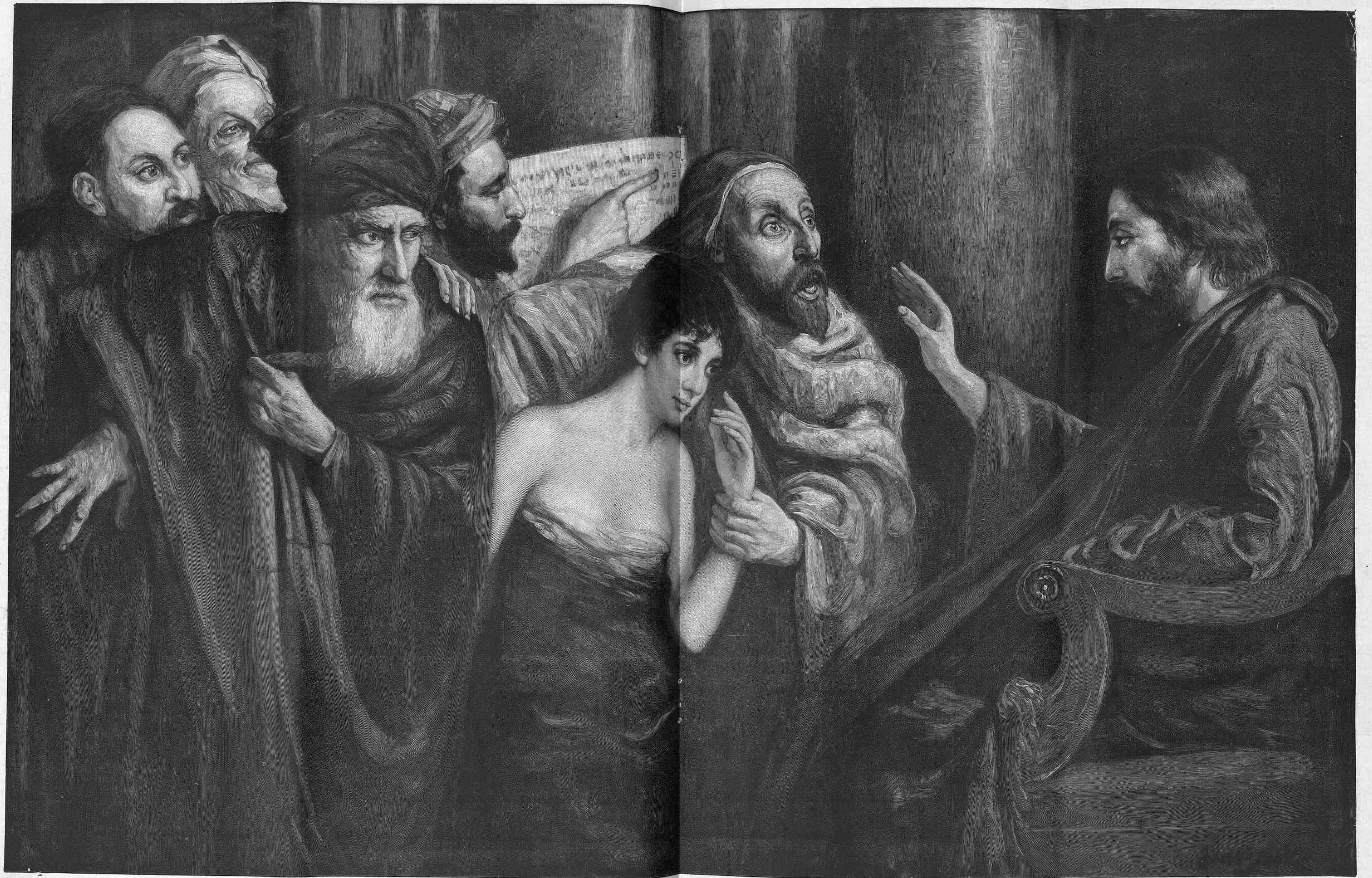
Imposible inventar cosa que más acento diese á la emoción estética de aquel cuadro vivo que se alejaba, esfumándose tras las entrecruzadas ramas de los árboles sin hojas,

y llevando siempre en alto, por los caminos habitados y por delante de todas las casas desviadas y esparcidas por la aldea, aquellos santos y preciosos emblemas de la fe, de la virtud, de la resignación y de la esperanza.—EULALIA DE LIAUS.



LONDRES. — LOS MARINOS JAPONESES VISITANDO LA TUMBA DE NELSON EN LA CATEDRAL DE SAN PABLO (Dibujo de J. Duncan. Reproducción autorizada.)

mirada elevada al cielo, caídos los brazos y cruzadas las manos con ademán de desesperación. No sé quién la habría ensayado, ni si sería aquella actitud presentimiento de una organización de actriz, pero parecía italiana; uno de esos productos que en la tie-



CRISTO Y LA MUJER ADÚLTERA, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE JOSÉ BLOCK, GRABADO POR J. J. WEBER

LOS «RESUCITADOS» DE COURRIERES

Bien puede aplicarse el nombre de «resucitados» a los trece mineros que, después de haber permanecido veinte días sepultados en el fondo de uno de aquellos pozos en que hallaron la muerte centenares de compañeros suyos, han visto nuevamente la luz del día.

En las primeras horas de la mañana del día 30 de marzo último, la cuadrilla que había trabajado de noche para atajar el incendio por las galerías que comunicaban con los pozos números 2 y 3 se disponía a abandonar el trabajo, cuando uno de los obreros creyó percibir, del otro lado del hundimiento, voces humanas que pedían socorro. Lanzáronse entonces hacia el sitio de donde partían las voces, no sin tener que adoptar grandes precauciones, pues la menor imprudencia podía destruir el equilibrio de los bloques y maderos y determinar un hundimiento de horribles consecuencias que produciría la muerte de salvadores y salvados. El ingeniero Petitjean, dando pruebas de un valor admirable, deslízase por entre los escombros y llegó hasta uno de los enterrados, el llamado Neny, que le gritó: «¡Hay otros doce detrás de mí!» Uno á uno fueron extraídos los trece y conducidos á la jaula que los remontó á la superficie.

Los relatos hechos por Neny y Pruvost, que fueron los que dirigieron y animaron á sus compañeros durante esos veinte días, ponen verdadero espanto en el corazón más esforzado ó más indiferente. Diez de aquellos hombres trabajaban en la mañana del 10 de marzo á 600 metros de distancia del pozo de Mericourt, cuando se produjo en éste la explosión; ilesos milagrosamente, acercáronse al pozo creyendo poder encontrar en él una salida; pero las inmediaciones del mismo estaban convertidas en un informe montón de cadáveres y de escombros ardiendo y hubieron, por consiguiente, de volverse atrás. Estaban entonces á una profundidad de 300 metros. Por un corredor practicado en la roca dirigieron hacia los pisos superiores, mas el aire irrespirable allí acumulado les obligó á volver al pozo; intentaron luego subir por uno de esos corredores verticales que unen entre sí los pozos de las minas, y también fracasó esta tentativa por haberse roto las escaleras. Cinco de los mineros perecieron allí extenuados por la fatiga y el sufrimiento; los demás siguieron su camino. Dos de ellos, sin embargo, quedáronse rezagados: el mencionado Neny y el aprendiz Víctor Martín, de catorce años, que no quiso separarse de

que gota á gota caía de las filtraciones del techo y la mezclaban con sus propios orines.

Al cundir la noticia del salvamento, toda la población minera acudió á las cercanías del pozo; el espectáculo que ofrecía aquella muchedumbre de hombres, mujeres y niños alentados por la esperanza de que entre los salvados hubiera alguno de los suyos es indescriptible, como indescriptibles son las escenas que se desarrollaron entre los resucitados y sus familias.



LOS «RESUCITADOS» DE COURRIERES. — X NENY, UNO DE LOS MINEROS QUE DIRIGIERON Á SUS COMPAÑEROS, CONDECORADO CON LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR. (De fotografía de Photo-Argus.)

He aquí los nombres de los trece mineros: Carlos Pruvost, Enrique Neny, Elías Lefebvre, Román Noiret, Enrique Wattiez, César Danglos, Luis Castel, León Boursier, Alberto Dubois, León Vanhoudéno, Honorato Couplet, Anselmo Pruvost (hijo de Carlos) y Víctor Martín. Carlos Pruvost y Enrique Neny han sido condecorados con la cruz de la Legión de Honor; á los demás se les ha concedido la medalla de oro de primera clase. El ministro de Obras Públicas Mr. Barthou ha ido personalmente á Courrieres á entregarles las condecoraciones, y la ceremonia de esa entrega ha sido un acto tan so-

légimas y con la sangre de su Hijo redimir á la pecadora humanidad.

Tamino y Pamina, escultura de Carlos Wollek. — Son estos dos personajes los héroes de la hermosa ópera de Mozart *La flauta encantada*, el príncipe egipcio Tamino y su prometida Pamina que han recibido de las tres hadas bienhechoras ese talismán con que destruirán, tras largas luchas y penalidades sin cuento, la maléfica influencia de la Reina de la Noche, que se opone á su felicidad. El precioso grupo de Wollek, de una simplicidad, de una corrección de líneas, de una belleza de proporciones admirables, es digno homenaje á la obra de aquel gran maestro y forma parte de la fuente monumental erigida en Viena en honor del inmortal autor de *Don Juan*.

El corista. — Madona, esculturas de F. Jahn. — El primero de esos dos bustos nos encanta por su naturalidad; el segundo nos seduce por su poesía; aquél está arrancado de la realidad misma, éste es obra directa del sentimiento; y en ambos admiramos una ejecución irreprochable y perfectamente apropiada á cada uno de esos diversos géneros: vigorosa, acentuada, en el pequeño corista; dulce, vaga, en la Madona.

El descendimiento de la Cruz, cuadro de Julio Borrell. — Si se compara este cuadro con los que del mismo autor llevamos publicados, entre ellos los que recientemente reprodujimos en el número 1.257 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, se verá que Julio Borrell cultiva con igual éxito los géneros más opuestos, demostrando en todos ellos una solidez de conocimientos, una profundidad de observación y un dominio de la técnica dignos de los mayores encomios y justificativos de la fama que, á pesar de su juventud, acompaña ya su nombre. *El descendimiento de la Cruz*, además de sus excelencias de composición, de dibujo y de colorido, tiene un espíritu de religiosidad que hace resaltar con todo su vigor el sentimiento y el carácter divinos de la escena por él trazada.

Cristo y la mujer adúltera, cuadro de José Block. — Conocido es el asunto de este cuadro: los fariseos y escribas conducen al templo á la pecadora, y recordando á Jesús que Moisés mandó que la adúltera fuese lapidada, le dicen que juzgue. «El que esté libre de toda culpa arroje la primera piedra,» contesta el Salvador. El famoso pintor alemán, nacido en 1863 y discípulo del célebre Pignel, es considerado hoy en día como uno de los artistas que mejor interpretan los temas bíblicos; la obra suya que reproducimos es la mejor demostración de que tal juicio no es exagerado.

Ovejas entrando en el redil, cuadro de Antonio Mauve. — Este lienzo es una nota ruralista íntensamente sentida: el grupo de ovejas, el pastor que las guía, el redil que ha de resguardarlas durante la noche, la escasa luz crepuscular que ilumina el paisaje, son otros tantos elementos reunidos con gran acierto para constituir ese conjunto en el que sobresalen las dos cualidades distintivas de ese género de obras, la sencillez y la sinceridad.



LOS «RESUCITADOS» DE COURRIERES EN LA ENFERMERÍA. (De fotografía de «Photo Nouvelles» tomada inmediatamente después del salvamento.)

él y que le fué arrastrando, por decirlo así, en medio de las tinieblas. Los tres restantes continuaron sus tentativas para llegar á los pisos altos. Neny y Martín, continuando solos su marcha, llegaron al mismo sitio de donde algunos días antes habían partido en unión de sus compañeros, y allí encontraron á ocho mineros que aún vivían. Juntos los diez siguieron buscando una salida, y en una de las galerías volvieron á reunirse con los tres que antes se habían separado de Neny y de Martín. La casualidad les llevó hacia el lugar en donde trabajaban las cuadrillas de salvamento, y la corriente de aire fresco que llegó hasta ellos les guió hasta las inmediaciones del pozo en donde, como hemos dicho, fueron salvados. Durante los primeros días, aquellos trece hombres se alimentaron con algunos pocos víveres que aún conservaban; agotados éstos, comieron la corteza de los puntales de las galerías, la avena que encontraron en una cuadra, las escasas provisiones que sacaron de los bolsillos de los compañeros muertos y carne de un caballo en estado de putrefacción. Para beber recogían el agua

limpia como conmovedor. Además, se han abierto en toda Francia subscripciones en favor de los resucitados. — S.

BELLAS ARTES

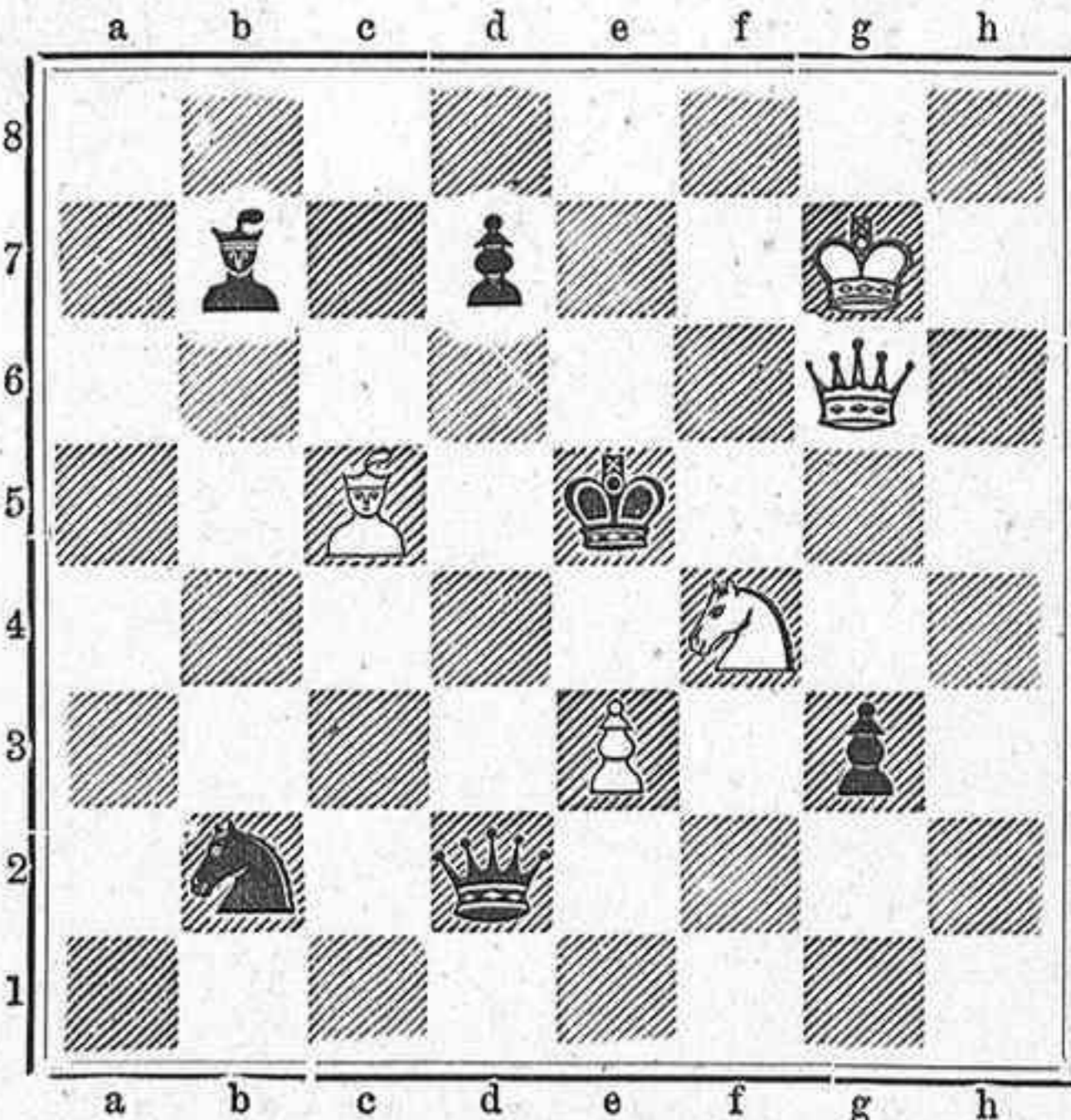
(Véanse grabados de págs. 233, 236, 237, 240, 241 y 248.)

Mater Dolorosa, cuadro de J. Victor Kramer. — Trasladar al lienzo la figura de la Virgen en el momento de su dolor supremo, cuando vió escarnecido, maltratado y crucificado á su inocente y divino Hijo, es empresa muy arriesgada que sólo pueden acometer los grandes artistas, los que sientan muy hondo y estén animados de una fe ardiente, poderosa. Que estas cualidades se juntan en el célebre pintor alemán Kramer lo prueba elocuentemente esa *Mater Dolorosa*, en quien la aflicción más intensa de la madre aparece suavizada por la resignación de la que se sabe elegida por Dios para con sus

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 421, POR VALENTÍN MARÍN.

NEGRAS (6 PIEZAS)



BLANCAS (5 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 420, POR J. CAUVEREN.

- | | |
|----------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Dh1-f3 | 1. Cualquiera. |
| 2. T ó D mate. | |

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, Bd ITALIENS, PARIS.

EL FALSARIO

NOVELA DE JULIÁN HAWTHORNE.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

No sabiendo Fedovsky qué partido tomar, levantóse al fin y se dirigió hacia los embarcaderos del Río del Este; no le quedaban más que algunos céntimos para pagar la barca en que podría trasladarse á la orilla opuesta; mas estaba resuelto á no pasar del centro de la corriente, y poner término á su existencia en el fondo de las aguas. El desgraciado noble cruzó lentamente las calles, haciendo las más tristes reflexiones al ver cómo brillaba el sol y cuánta era la animación en toda la ciudad. ¡La vida es agradable y nos presenta muchas perspectivas alegres, muchos medios de disfrutar de ella; y es preciso que el hombre esté muy desesperado para poner término voluntariamente á su existencia!

El conde estaba bien resuelto, mas aún tenía tiempo para poner por obra su plan; y la idea de que muy pronto iba á despedirse del mundo bastó para que recobrase todo su aplomo; su paso fué desde aquel instante más ligero, y ya no evitó las calles muy concurridas. El hombre que se halla á punto de renunciar á la vida para conservar su dignidad tiene derecho para levantar la cabeza con todo el orgullo de un caballero.

Dejando atrás el pequeño parque en que se hallaba, continuó su camino á lo largo de la calle Cuadragésima; y por una repentina reminiscencia, acudió á la memoria que su amigo el señor Williams vivía en el número 15 de la calle Cuadragésima Primera, es decir, hacia el centro de lo que se llamaba el Depósito. Fedovsky sonrió: aquel descubrimiento confirmaba las sospechas de Tomás; aquel hombre debía ser un petardista; pero ¿qué le importaba ya?.. Para lo que le quedaba de vida, bien podía perdonarle. Es muy fácil convertirse en bribón; y el joven ruso conocía por experiencia cuán poderosos son los alicientes para seguir mal camino en la vida.

Cuando el conde hubo llegado á la inmediaciones de la Quinta Avenida vió una dama á caballo

que se dirigía hacia el Parque Central; al primer golpe de vista reconocíola; su corazón latió apresuradamente y sus ojos brillaron. Sin pensar en lo que hacía, aceleró el paso y levantó la mano para llamar la atención; pero la amazona pasó sin mirar. ¿Le habría visto? ¡Quién sabe! De todos modos, mejor era así, pues de una entrevista con la joven no hubiera resultado más que disgusto y pesar; y Fedovsky había sufrido ya bastante. Tal vez mañana la hija del banquero leería en los diarios alguna triste noticia, y si ésta le causaba pena, ¿qué más podía desear el desgraciado conde?

Al penetrar en la Avenida pasó por delante de dos ó tres clubs, cuyas tarjetas llevaba en el bolsillo; miró maquinalmente á las ventanas, y vió que no había nadie. ¿Era esto accidental, ó se habían retirado de ellas, al divisarle, los que antes le recibían con tanto agasajo? Todo había concluído ya.

Dejando la plaza de Madison á la izquierda, Fedovsky avanzó por la Avenida, y á los pocos pasos vió tres hombres que se dirigían hacia él: eran el coronel Oakley, el doctor Warren y el juez Farren. El doctor saludó ligeramente con un movimiento de cabeza; el juez aparentó no verle; mas el coronel se detuvo y ofrecióle su mano.

—¡Hola, conde!, exclamó. ¿Cómo está usted? Me

alegro mucho volver á verle, y temía que nos hubiese abandonado. Supongo que ahora se quedará entre nosotros...

—No, coronel, marcharé hoy mismo.

encontrado hoy, y más aún de conocer sus sentimientos respecto á mí... Es usted todo un caballero..., un buen amigo; y lo recordaré mientras viva; pero hay razones que me impulsan á no cambiar de

resolución. En cuanto al dinero, añadió pensando en los dos céntimos que llevaba en el bolsillo, tengo por ahora cuanto pueda necesitar, y cuando llegue á la orilla opuesta, no me faltará ya nada.

—Más vale así, amigo mío, repuso el coronel estrechando la mano de Fedovsky y mostrándose más cordial aún, sin duda porque su préstamo no había sido aceptado. Yo quisiera que se quedase aquí y siguiera mi consejo; pero si se ha de reponer usted trasladándose á la parte opuesta, tal vez sea lo mejor que pueda hacer. Espero, no obstante, que volverá á vernos...

—Creo que no, contestó el conde con una triste sonrisa.

—¡Oh, sí!, replicó el coronel sin comprender todo el alcance de la respuesta de su interlocutor; y de todos modos, yo iré pronto á verle á usted. Entre tanto, adiós, amigo mío.

Separáronse los dos hombres, y el coronel se encaminó por un lado de la Avenida, mientras que Fedovsky se dirigía á la calle de Nassau, en donde fué detenido en las circunstancias que quedan referidas. ¿Por qué no aceptó la proposición del coronel? No hay contestación racional á esta pregunta; pero es indudable que el firme propósito de poner término á su existencia fascina la voluntad del hombre, á quien sólo pueden desviar del suicidio causas independientes de su voluntad.

XIV

UNA COLOCACIÓN

Según se ha observado ya, en la historia de Fedovsky había muchos pasajes que el inspector escuchó con mucho más interés que otros; y dos ó tres veces se apresuró á tomar notas. Llegada

la narración al punto en que ocurrió la aventura de la calle de Nassau, y no habiendo más que referir, el inspector Byrnes se levantó de su sillón y comenzó á pasear de un lado á otro de la estancia, según su costumbre cuando meditaba profundamente.

Entre tanto el joven ruso permanecía sentado, al parecer algo abatido, sin duda por los recuerdos que con su narración acababa de evocar. ¡Qué misera había sido su existencia, y qué pocas probabilidades veía de mejorarla al fin!

El inspector volvió á sentarse, y al levantar la cabeza Fedovsky, vió que le miraba fijamente.

—Joven, díjole después de una pausa, es preciso que piense usted en hacer su carrera en el mundo, porque tiene usted muchas ventajas. Físicamente, es vigoroso y activo; por su aspecto, predispone en su favor; tiene usted la más perfecta educación, y es todo un lingüista. Además de esto, ha podido alternar con la buena sociedad, y ya conoce usted alguna cosa de la naturaleza humana; también ha viajado, y le son familiares las costumbres y los países extranjeros. Por lo demás, es usted hombre de rara inteligencia, buen criterio y excelente memoria; veo que está acostumbrado á observar, y que posee en alto grado una penetración y sagacidad naturales. ¿Cómo no ha de encontrar ocupación?



... quedó profundamente dormido...

—¡Vamos, no diga usted eso! Oiga dos palabras, añadió bajando la voz y poniendo cariñosamente la mano sobre el brazo del conde, lo que debe usted hacer es arrostrar con valor las circunstancias; y veo que aún no conoce bien al pueblo americano, el cual aprecia al hombre que manifiesta energía en todas las circunstancias. Se ha dicho mucho contra usted en el club, y yo tuve el otro día un altercado con Federico Vanderblick por la indigna censura que hizo de usted. Algunos hablarán mal; pero estoy persuadido que las tres cuartas partes de ellos le admitirían á usted otra vez en su sociedad si le vieran hacer frente á la situación, pues la mitad de los hombres por lo menos se han visto en tanto apuro como usted se encuentra ahora. A nadie debe usted nada, y no han podido encontrar persona alguna que reclamase un céntimo contra usted. He aquí por qué, si necesita usted dinero, le bastará pedirlo para obtenerle; por mi parte, le ofreceré desde luego quinientos duros; diga usted una sola palabra y los tendrá en su mano; y si quiere usted trabajar un poco, yo mismo me encargaré de buscarle ocupación. ¡No piense usted nunca en morir!

—Le doy á usted las más expresivas gracias, contestó Fedovsky fijando en el coronel una mirada de profundo agradecimiento; me alegro mucho haberle

—Sin duda lo comprenderá usted tan bien como yo, contestó Fedovsky dejando escapar un suspiro. El hecho es que no sé á qué trabajo dedicarme, y á decir verdad, no tengo especial interés por nada. Supongo que podría hacer el trabajo rutinario en una oficina; pero hay muchos que sirven para ello lo mismo que yo, y tal vez no tuviera oportunidad de hacer valer los otros conocimientos que poseo. Si encontrase una ocupación en que me fuese dado utilizarlos, me parece que podría seguir adelante; pero ¿dónde hallarla? Yo no lo sé.

—Ya me he dirigido yo esa pregunta, repuso el inspector, y creo haber encontrado la contestación.

—Le agradecería sinceramente que me dijese cuál es, dijo Fedovsky.

—Convengo con usted en que el trabajo rutinario de una oficina no es el más propio para adelantarle en su carrera, continuó el inspector. Está usted acostumbrado al cambio y al movimiento, y en cierto modo á la vida aventurera; y si encontrara usted alguna ocupación determinada que le permitiese hacer hasta cierto punto este género de vida, sin duda sería lo más propio.

—También lo creo así, pero...

—Permítame usted continuar. Puede haber un obstáculo, porque es noble en su país, y tiene todas las tradiciones é ideas de un caballero. Aquí creemos que el trabajo honrado, sea cual fuere, es bueno para cualquier hombre. ¿Es usted ya bastante americano para participar de esta idea?

—Ciertamente que sí, contestó Fedovsky.

—El trabajo en que yo pienso, sea el que quiera y lo que de él se piense, no es de aquellos que pueden avergonzar á nadie aquí; es duro, pero honrado, y no solamente honrado, sino que tiene por objeto proteger á los hombres de bien en sus derechos, preservándoles de las asechanzas de los bribones. Le hablo á usted con toda confianza, porque conozco bien el asunto de que trato. Yo he consagrado toda mi vida á la ocupación á que me refiero, y puedo asegurarle que jamás tuve ocasión de arrepentirme...

El inspector cambió repentinamente de tono, arrellanóse en su sillón después de encender un cigarro, y añadió:

—¿Qué le parece á usted el cargo de agente especial de la policía?

Esta pregunta, tan inesperada para Fedovsky, le sorprendió un poco, y si se la hubiera hecho cualquier otro hombre, tal vez hubiese vacilado, pidiendo tiempo para reflexionar; mas el inspector Byrnes le inspiró simpatía y confianza desde el primer momento en que le vió, y su persona misma era el mejor argumento que podía aducirse en favor de su profesión; de modo que sólo tardó un instante en contestar.

—Si usted cree que puedo hacerlo, dijo, me esforzaré para que se confirme la buena opinión que de mí ha formado. Con gusto serviré á sus órdenes, y si no lleno el cometido, será por falta de mis facultades y no de mi voluntad.

—Muy bien, repuso Byrnes moviendo la cabeza con aire de satisfacción, pero aún no sabe usted precisamente lo que deseo de usted. No me propongo agregarle á la fuerza ordinaria, porque aún le falta aprender mucho, y bien mirado, probablemente no haría usted más que ningún otro. Usted es un hombre especial, y el trabajo á que le destino lo será también. Tampoco tengo intención de enviarle á recorrer los barrios de mala fama para tomar informes sobre la gente de mal vivir; yo le destinaré á un servicio mucho más vulgar, y en cierto modo mucho más difícil también. En resumen, le necesito para un caso especial en que solamente algunos hombres como usted sabrían proceder como conviene. Me propongo dedicarle á usted al Servicio Secreto, y tanto tendrá tal carácter en esta ocasión, que solamente usted y yo sabremos que pertenece usted á él.

El rostro de Fedovsky, que á las primeras palabras del inspector había tomado una expresión resignada, serenóse de pronto, y una sonrisa de satisfacción mostróse en sus labios.

—En tal caso, dijo el conde, tendré más esperanzas de ser útil en algo. ¿Ha pensado usted ya en el primer servicio que debe confiarme?

—Harto hay que hacer; gracias á los criminales, nunca nos falta ocupación; mas por desgracia, tengo más servicios que desempeñar que personas propias para encargarse de ellos. ¿Qué le parecería á usted una excursión por Europa?

—Por lo menos le aseguro que erraría camino.

—Lo creo así; pero no se trataría sólo de pasear; sería preciso medirse con la más diestra y peligrosa sociedad de bribones que jamás se ha conocido.

—Pero ¿qué tiene que ver la policía americana con los pillos de Europa?

—Allí están los ladrones, pero proceden de este país; y yo necesito que usted se apodere de ellos si es posible, añadió el inspector golpeando la mesa con la palma de la mano, mientras fijaba en el conde una mirada muy significativa.

—¿Y cree usted que yo pueda hacer eso?, preguntó Fedovsky mirando á su vez fijamente al inspector. Usted conoce las condiciones y dificultades mejor que yo, y por lo tanto podría decirme si me juzga capaz para el desempeño de ese servicio.

—Usted puede hacerlo si quiere.

—¡Pues yo quiero!

El tono y la mirada con que Fedovsky acompañó su contestación convencieron á Byrnes de que tenía ante sí un hombre que no perdonaría medio alguno para cumplir su palabra. Era característico en aquel inspector, así como en otros hombres que han alcanzado una posición honrosa por sus propias fuerzas, elegir acertadamente las personas que podrían cooperar con él, é inspirarlas el entusiasmo suficiente para llevar á cabo sus designios. Esa facultad se llama algunas veces magnetismo, pero no es más que una combinación de la perspicacia con el buen tacto y la energía, una cualidad que nace con el individuo y que no se adquiere.

Entendido ya con su nuevo oficial, el inspector le trazó en pocas palabras una parte del plan que se proponía llevar á cabo. Ultimamente habíase hecho al parecer una tentativa para negociar en Europa papel falso; la estafa se cometió allí, y sus autores marcharon después á Liverpool; pero cuando todo estaba dispuesto, surgió una dificultad inesperada. Otro bribón americano, obrando por su cuenta, y sin tener conocimiento de los otros estafadores, había hecho una falsificación; pero la policía europea le descubrió y fué encerrado en la cárcel. Desde aquel momento, las autoridades estuvieron prevenidas, y los que trataban de acometer la gran empresa juzgaron más oportuno mantenerse quietos. Los subordinados que los jefes de la trama habían enviado á buscar para que les ayudasen viéronse entonces sin ocupación, y como no se les daba dinero suficiente para vivir, manifestaron señales de descontento, amenazaron con una delación, y por último se les facilitó pasaje para Nueva York, donde cometieron varias estafas, hasta que al fin dieron en la cárcel.

—Por desgracia, añadió el inspector, no adelantamos mucho con prender á los subordinados mientras que los principales se hallan libres; siempre habrá hombres suficientes para la parte física del trabajo; pero los organizadores son los verdaderamente peligrosos, y contra ellos le envío á usted.

—¿Y cómo es que no se les ha prendido ya?, preguntó Fedovsky. ¿Rehusaron los subordinados revelar quiénes eran?

—Los subordinados no los conocían, contestó el inspector, pues rara vez saben quiénes son los jefes cuyas instrucciones ponen por obra, y más raramente aún en el caso de las grandes falsificaciones. En realidad nadie los conoce, aunque puede haber personas que podrían sospecharlo.

—¿Y usted lo sospecha?, preguntó Fedovsky sonriendo.

—Esto es precisamente lo que no diré á usted. Yo puedo creer que me sería fácil nombrar, sin temor de equivocarme, los hombres, ó mejor dicho, el hombre que dirige la cosa, pues probablemente no hay más de uno en el fondo de todo esto; pero mi sospecha no es hija del conocimiento ó evidencia de los hechos. Yo no hago más que inferir, y aunque esto basta en cierto modo para convencerme, no conseguiré con ello poner las esposas en las manos de un ladrón. Es necesario descubrir los hechos que prueben mis inferencias, y entonces se habrá prestado el servicio.

—Pero ¿por qué no me dice usted quién es la persona de quien sospecha?

—Porque los informes que usted obtenga independientemente, y los actos que ejecute valdrán entonces diez veces más. Si usted toma de mí su clave, y por casualidad yo me equivoco, le haré incurrir en error también. Yo podría decirle, por ejemplo, que no necesita buscar muy lejos de aquí, hasta entre sus propios conocidos, para encontrar algunas huellas del hombre á quien me refiero. Mas ahora no seré más explícito. Si usted trabaja la cosa por su propia cuenta, no sería difícil que cometiese un error; pero si sus investigaciones le condujeran á la misma deducción que yo hago..., entonces estaríamos casi del todo seguros. No; es preciso que usted comience sin ningún pensamiento preconcebido, como no sea el de observar detenidamente á una de las personas citadas en su narración.

—De todos modos, podrá usted darme instrucciones sobre mi manera de proceder. Todo cuanto yo sé es que en Inglaterra se tramaba una falsificación, la cual no se pudo llevar á cabo, y que sus autores están todavía allí.

—Los hombres que perseguimos no son de aquellos que permanecen ociosos largo tiempo, replicó el inspector; y cuando la empresa se frustró supuse que no tardaríamos en saber algo nuevo. No hué de esperar mucho; y ahora tengo motivos para creer que se proyecta otra trama, la más peligrosa que se cometió nunca. Si los bribones la realizasen, sus beneficios serían de millones.

—¿Cómo pudo usted averiguar eso?, preguntó Fedovsky.

—Si yo fuera como algunos de los agentes franceses, le haría creer á usted que sé por intuición todo cuanto sucede en Nueva York, pero yo soy agente americano y le explicaré el hecho sencillamente. Hay una clase de personas en la ciudad que, si bien no cometen un crimen, conocen á los perpetradores y éstos tienen en ellas confianza. Yo me precio de conocerlas, porque me sirvo de ellas, y en cierto modo son mis «sombras.» Cada noche veo alguna en cierto punto señalado, y por su conducta obtengo varios informes, por cuyo medio estoy al corriente de lo que intentan los más notados criminales de América y del sitio en que se hallan. Hace algún tiempo recibí noticia de que varios hombres á quienes conozco como falsificadores habían salido de Nueva York en un vapor transatlántico; desembarcaron en Europa, y por correspondencia de aquellas autoridades obtuve sus señas y varios detalles. Esos hombres no están ahora en Inglaterra, ni tampoco han vuelto á su país, por lo menos todos; y al mismo tiempo he sabido que se han intentado algunas estafas contra nuestras Bancas y varias sociedades financieras. Es de todo punto necesario que la justicia se apodere de esos hombres, tanto más cuanto que hay muchas personas interesadas en ello. Parece que se han ensayado en sus falsificaciones, y sin duda serán muy hábiles. Después de hacer algunas pruebas, debe presumirse que operarán en gran escala; pero estando usted en el terreno, confío en que los sorprenderá en el acto.

El inspector hablaba con energía, y Fedovsky se entusiasmó de tal modo, que hubiera deseado dar principio á su empresa desde luego para demostrar que podía hacer todo cuanto de él se esperaba.

—¿Cuáles deben ser mis primeras diligencias?, preguntó.

—No puedo prever las contingencias que surgirán, contestó el inspector, y á menudo deberá usted guiarse por su propio juicio en el momento; pero le haré algunas indicaciones generales. En primer lugar, viajará usted lo mismo que hasta aquí, como un caballero acomodado y rico; se informará acerca de los Bancos que hayan sufrido alguna estafa; y por medio de discretas averiguaciones procurará obtener un informe más ó menos exacto sobre las señas personales de las personas á quienes se supone complicadas en el delito. De este modo podrá usted encontrar la pista de los subordinados; y esta será la parte más fácil del trabajo. Se ha de tener mucho cuidado para que esos hombres no puedan sospechar el verdadero carácter y el objeto de usted. Lo esencial es averiguar quién es la persona con quien los falsificadores se hallan en comunicación, porque ésta será el agente intermediario y la única que pueda conocer al jefe de la sociedad. Si usted consigue descubrir esa persona, ya lo tendremos todo hecho, y usted habrá resuelto un gran problema, porque hasta hoy día, á pesar de nuestras sospechas, ese hombre sigue siendo un misterio para nosotros. Nadie podría decir con seguridad: «Ese es;» y tal vez resulte al fin y al cabo que el individuo es la persona que menos se esperaba. Sin embargo, con un poco de actividad y cuidado usted le encontrará.

—¿Y no debo prender á nadie hasta que lo consiga?

—A menos de haber alguna razón extraordinaria, de ningún modo, porque coger á uno de los subordinados sería alarmar al jefe, y entonces se perdería la probabilidad de cogerle. Se ha de proceder contra hombres sumamente hábiles, y es preciso serlo más que ellos.

—¿Cuándo debo marchar?

—Dentro de pocos días, apenas se le hayan enseñado algunos de los detalles técnicos de nuestra manera de trabajar. Irá usted directamente á Londres y después al Continente.

—Usted acaba de hablarme con mucha franqueza, Sr. Byrnes, dijo el conde con una sonrisa. ¿Qué seguridad tiene usted de que yo no esté relacionado con los falsificadores?

—Tal vez sepa más de lo que usted imagina acerca de su persona, repuso el inspector sonriendo con bondad. Mucho de lo que acaba de referirme no era para mí nada nuevo; y desde que usted dejó de presentarse en sociedad aquí, fué deber mío enterarme de lo que hacía y averiguar dónde estaba. Los informes que recibí coinciden perfectamente con lo que usted me ha dicho, y no son nada desfavorables. Me permitiré preguntarle de paso si ha practicado alguna averiguación sobre la causa del secues-

que se hablaba de ellos con referencia al pánico producido en la Bolsa...

—Sí, es verdad; parece que no han sido afortunados en su última jugada, á causa de haberse hecho una inesperada combinación en contra suya. Yo creo que mejor sería para ellos no estar mezclados en el asunto.

Al oír esto, Fedovsky pensó que era una suerte para él haberse alejado de aquella familia tan oportunamente, y hubiera querido saber si la pérdida

y fuera de algunas palabras corteses que la buena educación exige en la mesa, no dijo nada más y limitóse á comer silenciosamente.

Después de tomar el café, levantóse, saludó á todos y salió del comedor. Un momento después Fedovsky siguió su ejemplo, y pudo ver al extranjero que se encaminaba hacia el pasadizo que conducía al terrado.

Este terrado se prolongaba en toda la extensión del hotel por la fachada que da frente al Elba; esta-



El interpelado acabó de encender el puro que tenía en la boca...

tro de sus bienes. ¿No ha dado usted paso alguno para tratar de recobrarlos?

—En rigor, nada, contestó Fedovsky, pues pensé que me expondría á perder lo que más se ama en la vida, la libertad personal. No era posible dar ningún paso sin ir á San Petersburgo.

—Sin embargo, dijo el inspector, valdría la pena pensar un poco sobre este asunto. Parece que uno de sus agentes, por lo menos, era un bribón; y podría ser muy bien que alguien hubiera levantado algún falso testimonio contra usted ante las autoridades, con objeto de apoderarse de su hacienda. De todos modos, esto es cuestión que solamente á usted concierne. Por lo pronto, le daré las señas de un buen alojamiento, y hará el favor de presentarse aquí cuando se le envíe á buscar. Se le asignará un buen sueldo, y cuando se ponga en marcha, apunte usted todos sus gastos para girar contra mí cuando lo necesite. Yo me cuidaré de que se recoja en el hotel todo su equipaje, el cual será trasladado á su nueva habitación. Supongo que tendrá usted bien provisto su guardarropa...

—Hay más de lo suficiente.

—Muy bien. Viajará usted bajo su propio nombre, obrando en todos conceptos como si se hallara en la misma posición que ocupó antes de perder sus bienes. Si encuentra usted en las calles de esta ciudad alguna persona ó personas conocidas, antes de marcharse, y le dirigen preguntas, puede usted decir que se propone averiguar en qué estado se hallan sus asuntos, y que para eso debe emprender un viaje, pero que volverá en la primavera próxima. En cuanto al incidente que acaba de ocurrir con el agente del Banco, tal vez se le cite para declarar como testigo; pero esté usted sin cuidado sobre este punto, puesto que gracias á su intervención los señores Vanderblich no han perdido nada.

—¿Eran los Vanderblich los dueños de esos valores?, preguntó Fedovsky con expresión de asombro. Me parece que he leído su nombre en los diarios, y

afectaba á Serafina; mas como no era probable que el inspector pudiera contestar á sus preguntas, el joven ruso se limitó á darle gracias por haberle librado de una muerte ignominiosa, y después de cruzarse algunas palabras más, dióse término á la conferencia. Fedovsky fué conducido á su nuevo alojamiento, y el inspector pensó haber hecho una buena cosa, así en favor del servicio como desde el punto de vista filantrópico.

Pocos días después, Fedovsky tuvo otra larga entrevista con el inspector, y habiendo recibido las instrucciones más completas, emprendió poco después su viaje al Continente.

XV

UN ANTIGUO CONOCIDO

En el invierno del mismo año, un extranjero llegó al Bochemische Bahutof en Dresde, y habiendo alquilado un coche, fué conducido al hotel de Bellevue. Allí se inscribió en el registro del establecimiento con el nombre de Iván Fedovsky, diéronle una buena habitación, mandó trasladar á ella su equipaje, y después de vestirse cuidadosamente, bajó á comer en la mesa redonda.

Era la una de la tarde, hacía muy buen tiempo y el día no estaba nada frío; el conde vió muchas personas sentadas á la mesa ya; pero después de servirse la sopa entró otro huésped, eligió la silla más retirada en el mismo lado en que Fedovsky acababa de colocarse, y comenzó á comer. Sin duda no se había fijado en el conde, pero éste le reconoció al punto, y aunque no hizo ningún ademán que manifestase sorpresa, quedó muy pensativo sobre la presencia del recién llegado en aquel lugar.

Casi todos los que estaban allí eran americanos ó ingleses, y muchos de ellos se conocían sin duda, pues pronto entablaron animada conversación. El extranjero no tomó parte en ella; nadie le conocía,

ba lleno de mesas y sillas, y desde allí dominábase el río, en cuyas aguas se reflejaban en aquel instante los rayos del sol. A corta distancia se veía el antiguo puente de piedra con sus sólidos arcos, capaces de resistir el choque de las masas de hielo que en la estación fría arrastran las corrientes. Por aquel puente pasan de continuo los viandantes y los vehículos en opuestas direcciones, y el espectáculo que ofrecen es muy animado. De las dos vías que hay en el puente, una es para los que van á Altstadt, y la otra para los que se dirigen á Neustadt. El hotel se hallaba en esta última división de la ciudad. El río mide allí de doscientas á trescientas varas de anchura, y su aspecto, gracias á los alrededores, tiene mucho atractivo.

El extranjero se había sentado á una de aquellas mesas, colocándose de modo que pudiera ver bien el río y el puente; acababa de pedir una copa de coñac, y encendía un cigarro en el momento en que Fedovsky, llegando por detrás, le tocó ligeramente en el hombro.

—¿Cómo está usted, Sr. Williams?, preguntóle.

El interpelado acabó de encender el puro que tenía en la boca, arrojó el fósforo y volviendo lentamente la cabeza, miró con indiferencia al que así le saludaba; mas apenas le hubo reconocido levantóse y le estrechó la mano sonriendo.

—¡Hola!, exclamó. Me alegro mucho ver á usted.

¿No fué en Monte Carlo donde nos encontramos la última vez? ¿Qué ha hecho usted de bueno desde entonces?

—He pasado el verano en Nueva York, contestó Fedovsky, y hará poco más de un mes que he vuelto á Europa.

—¿Conque ha estado usted en Nueva York?, preguntó el Sr. Williams. ¿Qué le parece aquel país? ¡Vamos, siéntese usted y sepamos su opinión!.. Allí se vive más de prisa que aquí, ¿no es verdad?

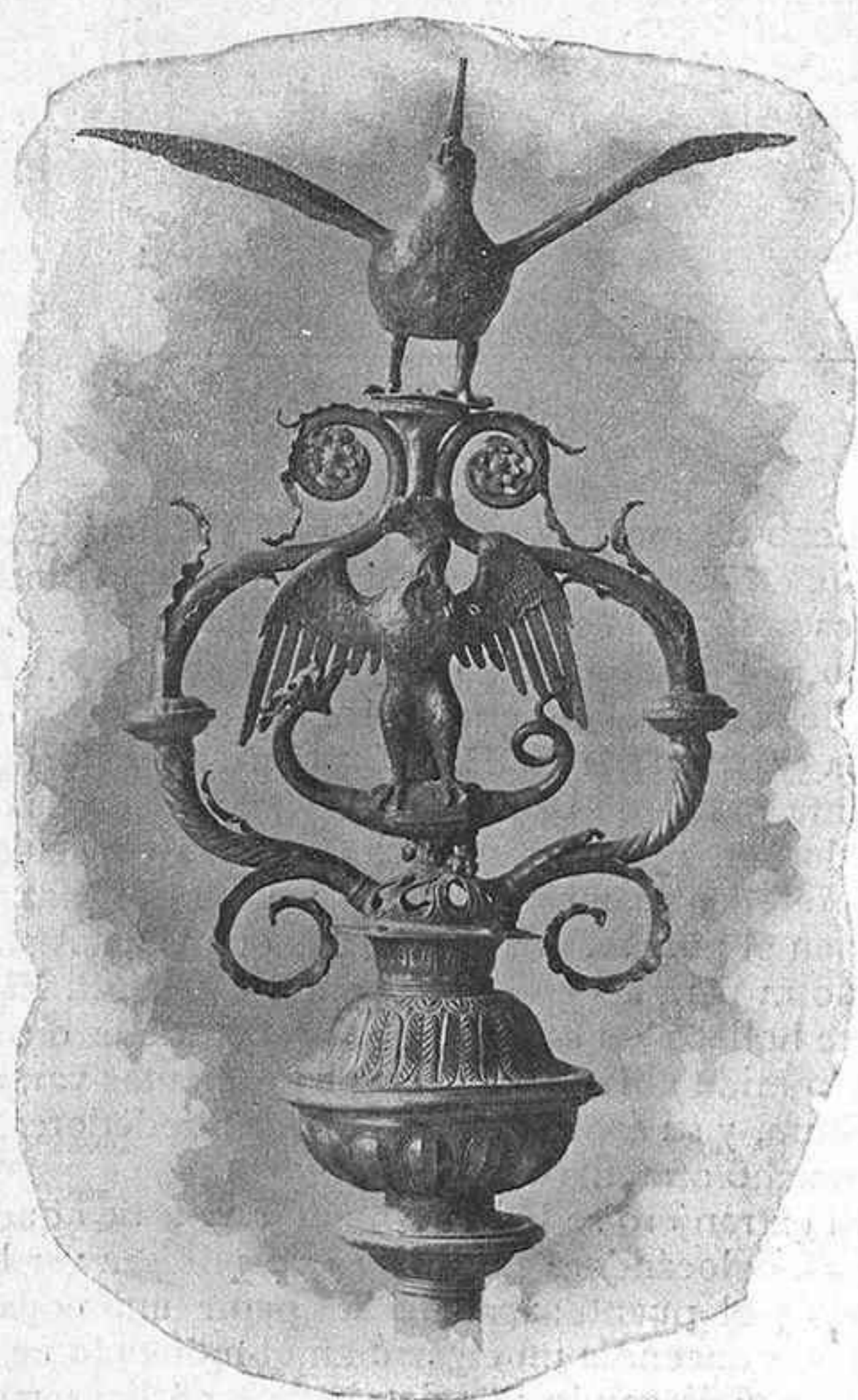
(Se continuará.)

EL SÁBADO SANTO EN FLORENCIA

Para todos los italianos la fiesta más importante del año eclesiástico es la Pascua de Resurrección, mucho más todavía que la de Navidad. En toda la extensión de aquella península se celebran entonces fiestas, reuniones de familia, ceremonias y usos locales, que tienen sus raíces en la más remota antigüedad, y que están relacionados más ó menos directamente con el culto al fuego, como elemento purificador.

Ha sido práctica de la Iglesia, desde sus primeros tiempos, apagar las luces la víspera de la Pascua de Resurrección, y el volverlas á encender se ha efectuado por los más diversos medios y con arreglo á ritos diferentes. Florencia siempre se ha distinguido en la realización de ese acto por una ceremonia, única en el mundo, conocida por el nombre del *Scoppio del carro*, la explosión del carro, y tiene indudablemente un origen muy remoto.

Según Ghinozzo dei Pazzi, que á principios del siglo XVI escribió una crónica de su familia, un tal Pazzo dei Pazzi, guerrero famoso, mandó la milicia toscana en la cruzada de 1088 y fué el primero que plantó la bandera cristiana sobre los muros de Jerusalén. Por esta hazaña, Godofredo de Bouillon le recompensó con tres trozos de pedernal procedentes del santo sepulcro y con un escudo de armas en que había dos delfines de oro orlados de seis cruces sobre campo azul. A su vuelta á Florencia, fué recibido Pazzi con grandes honores, y él, agradecido, regaló



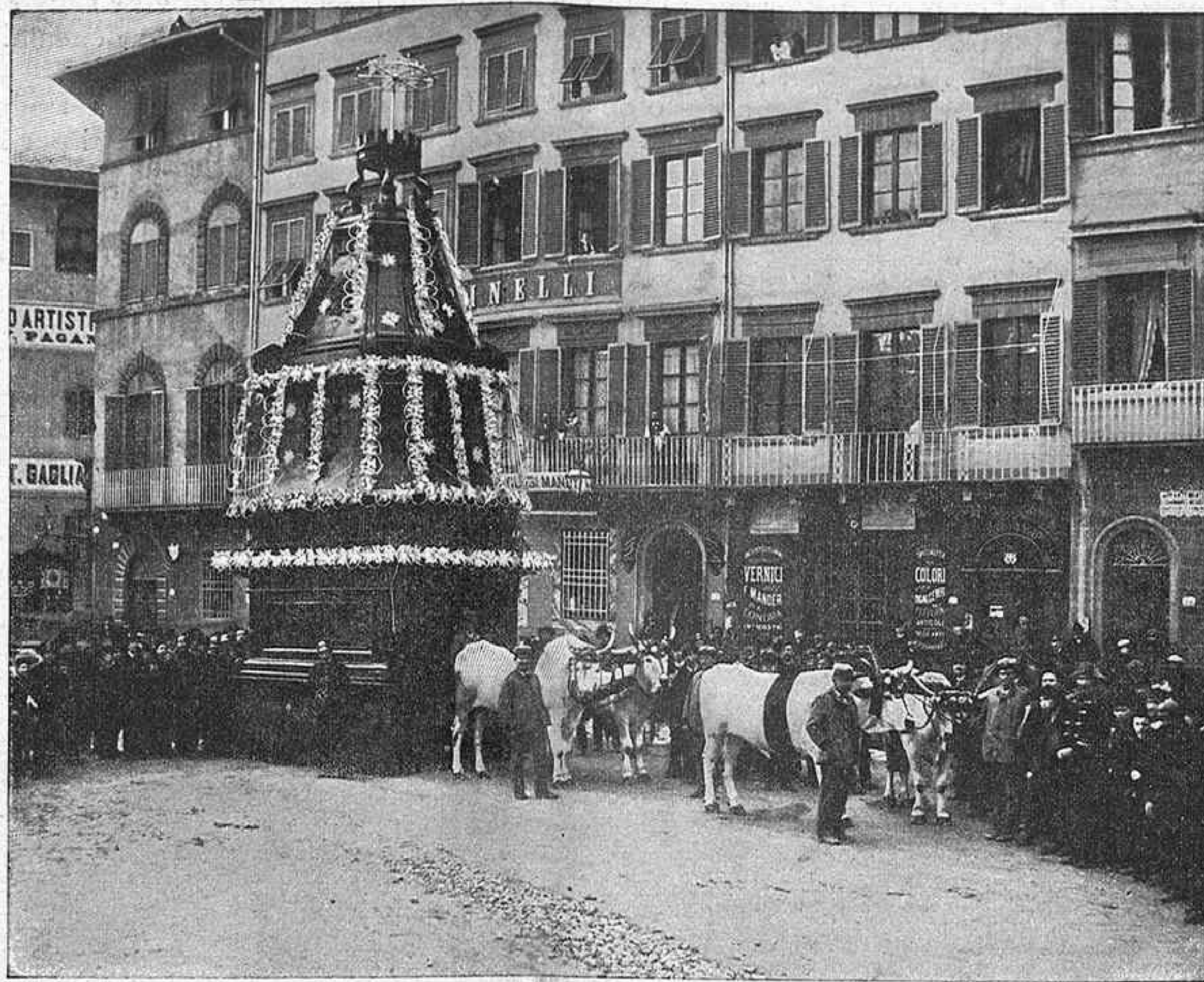
El *Portafuoco*, que lleva el fuego santo

á la Signoría, ó gobierno de la ciudad, las tres piedras que había traído y que fueron depositadas con mucha pompa en la iglesia de San Biagio.

A medida que fué pasando el tiempo fué aumentando la devoción de los florentinos por las sagradas piedras, hasta el punto de que la Signoría rogó al obispo de la diócesis que las emplease para sacar las chispas con que encender el fuego sacro el Sábado Santo, llevándolo después procesionalmente á las demás iglesias de la ciudad y en primer lugar á la catedral. Poco á poco se introdujo la costumbre de encender en ese fuego unas velas pequeñas de cera llamadas *favelline*, que se llevaban por toda la ciudad, procurando con gran cuidado que no se apagaran.

Con el tiempo quiso todo el mundo ser el primero en encender su vela. En el año 1300 el que lo

logró fué un joven de la familia Pazzi, lo que fué causa de tanto júbilo para ella, que resolvieron solemnizar con gran esplendor el siguiente Sábado Santo, terminando la fiesta con fuegos artificiales.



Llegada del carro tirado por bueyes

Concedió el competente permiso la Signoría, y desde entonces, año tras año, la familia Pazzi ha venido celebrando dicha festividad.

Una vez se les ocurrió construir un carro y llenarlo de cohetes, petardos, ruedas y demás artefactos de fuegos artificiales, al que colocaron frente á la puerta de la catedral y á los que se había de prender fuego con el obtenido de las sagradas piedras en el momento mismo en que repican todas las campanas de la ciudad conmemorando la resurrección del Señor. Causó tan buen efecto la idea, que los Pazzi resolvieron repetirla todos los años.

Más tarde, dicha familia, en atención á los gastos que la fiesta les ocasionaba, pidió que el carro, después de haberse quemado la mitad de los fuegos artificiales que contenía en la plaza de la catedral, fuese á situarse ante su palacio, donde habían de arder los restantes. Así les fué concedido y así se viene haciendo hasta el día.

De la iglesia de San Biagio, suprimida en el siglo pasado y convertida en estación de bomberos, fueron llevadas las sagradas piedras á la de los Santos Apóstoles. Su actual párroco, persona muy instruída, á cuya cortesía debo el haber podido fotografiarlas, me manifestó algunas dudas respecto al hecho de haber sido los Pazzi los que las trajeron á Italia, y me dijo que en el archivo de la parroquia ha hallado indicios de que ya en el siglo VIII se usaban esas piedras para encender el fuego santo. Cree que sea posible hallar otros de tiempos todavía más antiguos. Me llamó la atención sobre el pequeño pedazo de hierro que sirve de eslabón, diciéndome: «Vea usted, de cóncavo que era, se ha vuelto convexo por el uso; teniendo en cuenta que sólo se emplea una vez al año, calcule usted lo viejo que debe ser.»

También se muestra escéptico respecto á la leyenda que supone proceden del santo sepulcro, puesto que, me decía, son pederuales, y es cosa sabida que la tumba del Señor era de piedra caliza. Sin embargo, no tiene por inverosímil que fueran traídas del Huerto de los Olivos, en tiempos remotos, por algún piadoso peregrino.

Las tres piedras, que son poco mayores que nueces, están encerradas bajo muchas llaves y cerrojos; sacadas del antiguo arcón que las guarda, vi que están conservadas en un precioso saquito de brocado de oro con cordones del mismo metal, el que á su vez lo está en una pequeña caja, también cubierta de hermoso brocado antiguo. Dos de las piedras son blancas, la otra negra.

Es obligación y privilegio del párroco llevar, en la mañana del Sábado Santo, las piedras á la iglesia y encender con ellas el fuego, operación no siempre fácil, puesto que no sólo hay que sacar chispas, sino hacer que prenda el algodón ú otra materia que se

tenga preparada. Cuando lo ha logrado, enciende una vela de cera y con mucho cuidado y ceremonia la coloca en la parte superior de un *portafuoco* especial en forma de paloma con alas extendidas. Este *portafuoco*, que se lleva al extremo de una larga vara, es un precioso trabajo en hierro y cobre del siglo XIV.

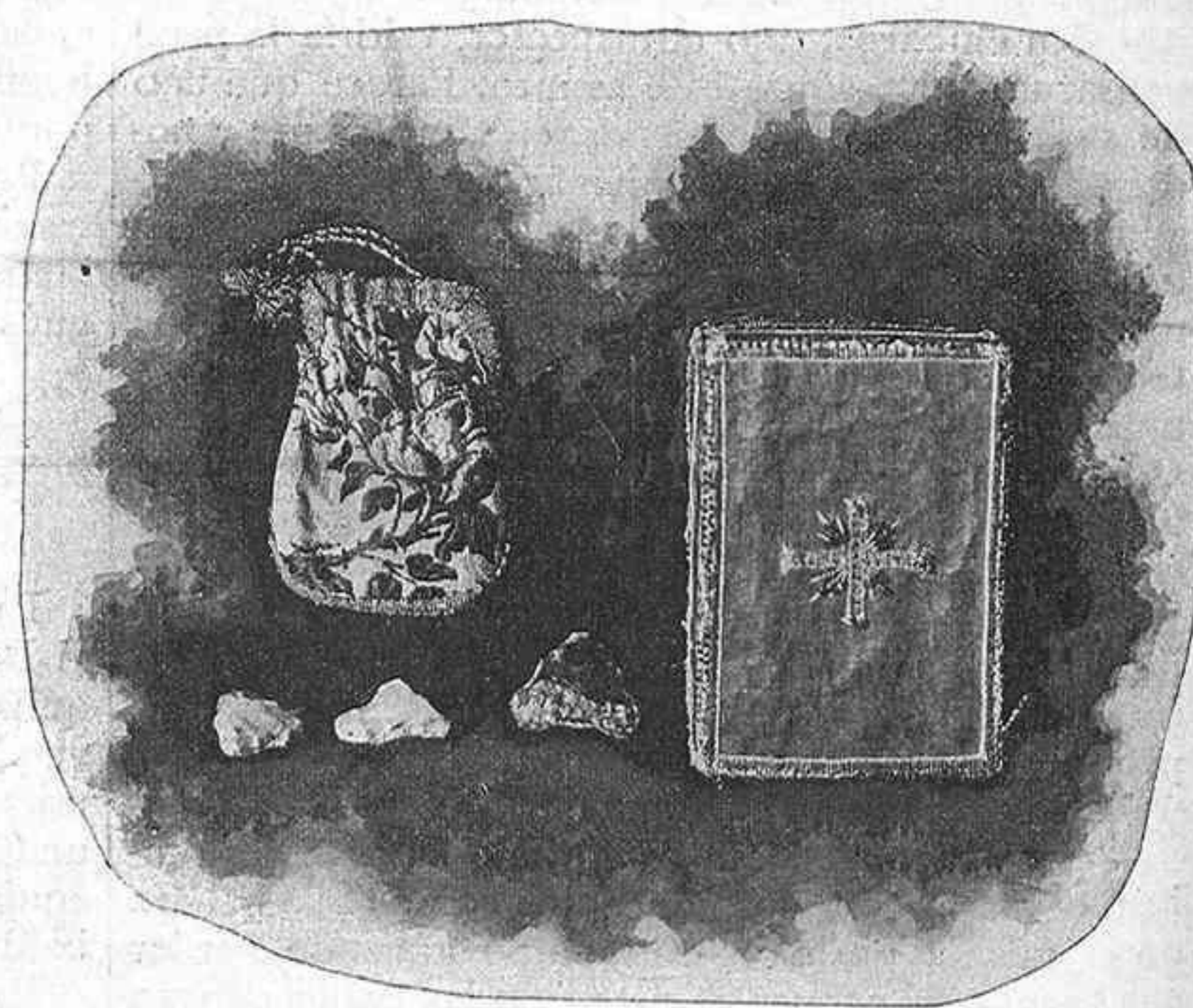
Hay un águila más abajo de la paloma que oprime con sus garras á un dragón; estas son las armas del partido güelfo, pues durante muchos siglos fueron los *capitani di parte guelfa* los guardianes legales de las piedras. En el braserillo de la parte inferior se colocaban carbones encendidos, pero ahora los reemplaza la vela de cera, con ventaja para el efecto deseado.

El *portafuoco* se lleva con gran pompa y procesionalmente de la iglesia de los Santos Apóstoles al Baptisterio, en cuyo altar mayor permanece mientras se celebran los diversos oficios del Sábado Santo.

En tanto que en las iglesias se realizan esas ceremonias, se prepara el carro tradicional. Al principio los Pazzi hacían uno nuevo cada año, pero luego determinaron hacerlo permanente. Construyeron un inmenso carro triunfal, tallado y dorado, que sirvió algún tiempo y luego

se inutilizó; otros se quemaron. El que hoy día se emplea fué construído en 1662, según reza una inscripción que tiene. Otra nos da á conocer que fué restaurado en el siglo XVIII por el precio de 131 escudos. Tantas veces se ha compuesto y arreglado, que el interior es un conjunto de remiendos de toda clase de maderas; en cada pieza está inscrito el nombre del carpintero que la colocó. En la actualidad presenta una armazón cuadrada y maciza, de cuatro pisos, hecha de gruesas tablas y vigas empalmadas y sostenidas en sólidas ruedas de poco diámetro.

Cuando ya aquella extraña construcción está bien rellena de fuegos de artificio, se la adorna con flores de trapo y se abren de par en par las altas puertas, pintadas de azul claro, de la cochera donde se halla encerrada durante 364 días del año. Uncen al carro cuatro corpulentos bueyes de la hermosa raza que tanto abunda en la provincia de Siena, blancos como la nieve y de grandes y bien separados cuernos. Estos bueyes son elegidos con gran cuidado entre los mejores, y los ganaderos compiten unos con otros por alcanzar el honor de que sean los suyos los que tiren del carro; van adornados con jaeces de vivo color de escarlata, y llevan en el cuello y cabe-



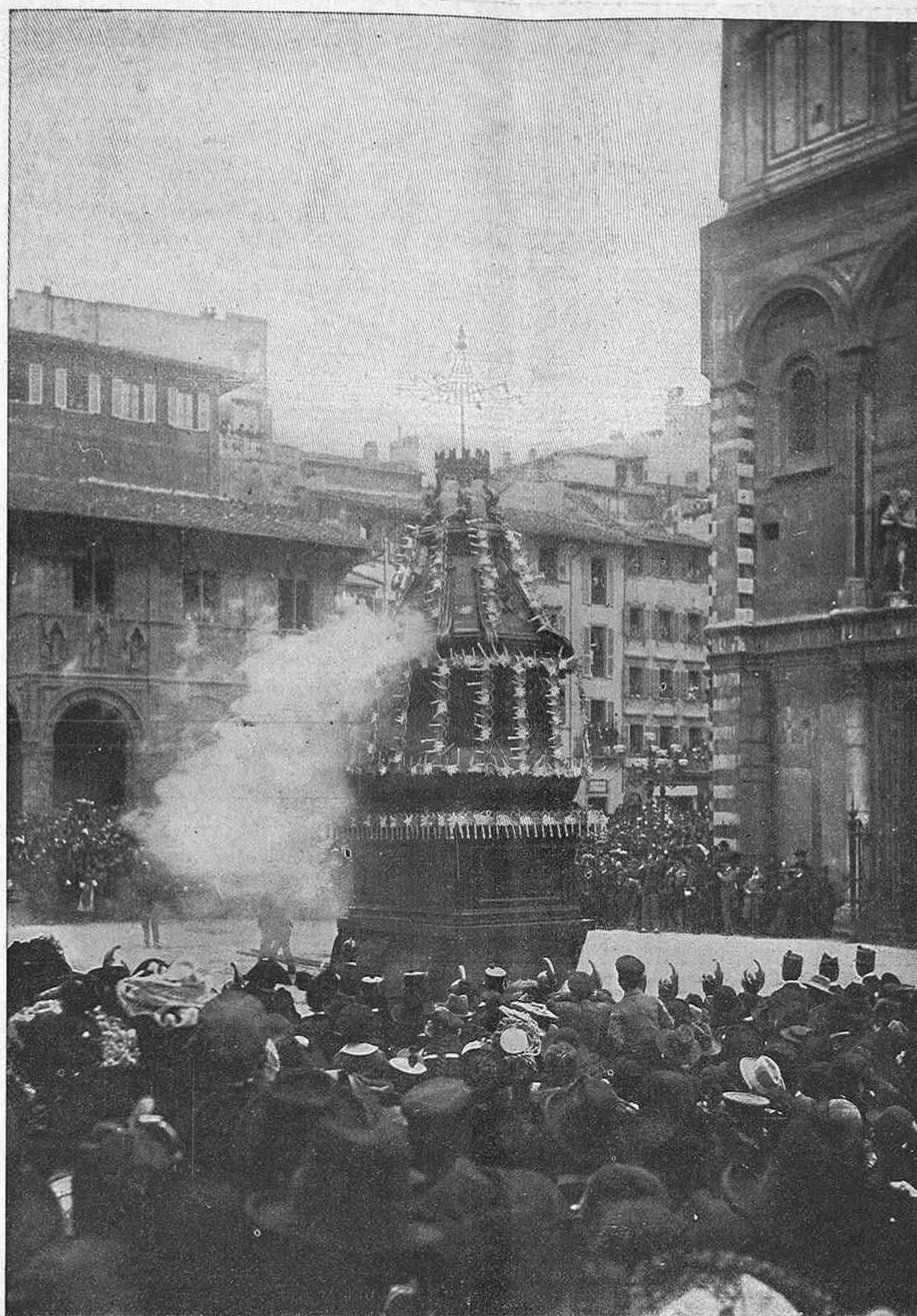
Las piedras sagradas, la bolsa y la caja en que se guardan

za grandes guirnaldas de flores naturales. Crujiendo y bamboleándose atraviesa el carro las calles de Florencia, acompañado de innumerables bandadas de muchachos, y poco antes de mediodía se sitúa frente á las puertas de la catedral. Colócase un alambre que va del carro hasta el altar mayor y en cuyo extremo hay un pequeño artefacto de madera con una rueda y su mecha, que llaman la colombina ó paloma, porque antes era una viva la que se ponía.

Los relojes de la ciudad dan las doce, los cañones truenan desde el fuerte de San Jorge, construido por Miguel Angel, el coro entona el «Gloria in Excelsis Deo,» la sonora campana grande del *campanile* de Giotto deja oír su voz é inmediatamente responden las de todas las iglesias, que callaban desde el Jueves Santo; en medio de esos alegres clamores, el arzobispo aplica el cirio encendido en el fuego sagrado á la colombina, que parte, silbando, por el alambre á lo largo de la nave y sobre las cabezas de la apiñada muchedumbre, sale por la puerta principal de la catedral, abierta de par en par, y va á parar al carro, prendiendo fuego á su carga. Siguen tremendas detonaciones, unas tras otras, que se oyen en todo el ámbito de Florencia y que ahogan el clamor de las campanas, acompañadas por los locos gritos de alegría de los innumerables campesinos congregados en la plaza y en la iglesia; son éstos sumamente supersticiosos y consideran el tránsito sin tropiezos de la colombina por el alambre como una señal infalible de que será buena la próxima cosecha.

De los que se quedan en casa, algunos se lavan los ojos al oír la primera detonación, lo que tienen por práctica excelente para conservar la vista sana, y las madres quitan los pañales á los niños á fin de que den sus primeros pasos mientras repican las campanas, después del *Scoppio*.

Todo esto, por supuesto, si la cosa ha salido bien, y se entiende que sale bien cuando la colombina va rápida como un cohete del altar mayor al carro, prende fuego instantáneamente á las maravillas de la pirotecnia y se vuelve con la misma rapidez que vino. ¡Pero guay si



La explosión de los fuegos artificiales delante de la catedral

se detiene, si no prende fuego, si hay el más pequeño entorpecimiento! La apiñada multitud de aldeanos prorrumpen en un diluvio de maldiciones, considerando aquello como un nefasto agüero.

En otros tiempos, cuando no marchaba bien la colombina, se metía en la cárcel al que había colocado el alambre; ahora, lo que se hace únicamente es dejarle de pagar su trabajo.

Cuando se han quemado los fuegos destinados á serlo ante la catedral y se ha dispersado la gente, se vuelven á uncir los bueyes al armatoste, que de nuevo recorre algunas de las calles más animadas de Florencia y va á detenerse ante el Canto dei Pazzi, donde se coloca otro alambre y se repite la función, hasta que estalla el último cohete; pero esta segunda parte no atrae tantos espectadores como la primera, pues á ella no va unido ningún presagio.

La familia Pazzi, que durante tantos años se ha envanecido de esa especial distinción, trató hace poco de verse libre de la costosa obligación de divertir á sus conciudadanos. El jefe de la misma propuso suprimir la fiesta, pero las autoridades no se atrevieron á secundar sus deseos ni á darle facilidades. Sabiendo lo apegada que está la gente del pueblo á esa antigua costumbre, temieron que ocurrieran alteraciones de orden público. Para salvar la dificultad, los Pazzi entregaron á la ciudad una cantidad de dinero, con cuyos intereses se sufragaran los gastos, pero ésta no resultó ser suficiente y el municipio tiene que suplir el déficit á fin de que no pierda el pueblo su acostumbrada diversión.

ELENA ZIMMERN.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

VINO AROUD

CARNE-QUINA

el mas reconstituyente soberano en los casos de: **Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.**
Calle Richelieu, 102, París. — Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

HIGIENE de las SEÑORAS

DILUIDO EN AGUA EL

CRYSTOL

Es el remedio soberano de las afecciones uterinas de todo género. Cura en breve las *flores blancas*, las *metritis* y en general todas las *dolencias de las vías uterinas*. Su uso diario no ofrece peligro para los tejidos á los que asegura frescura, tonicidad y firmeza incomparables. Su delicado perfume lo hace agradable para el tocador íntimo de las damas.

PARIS, 8, Rue Vivienne, y en todas las Farmacias.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR

Célebre Depurativo Vegetal
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO

Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico,
Sucesor de
BOYVEAU-LAFFECTEUR.

Calle Richelieu, 102, París y todas farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

LIBROS

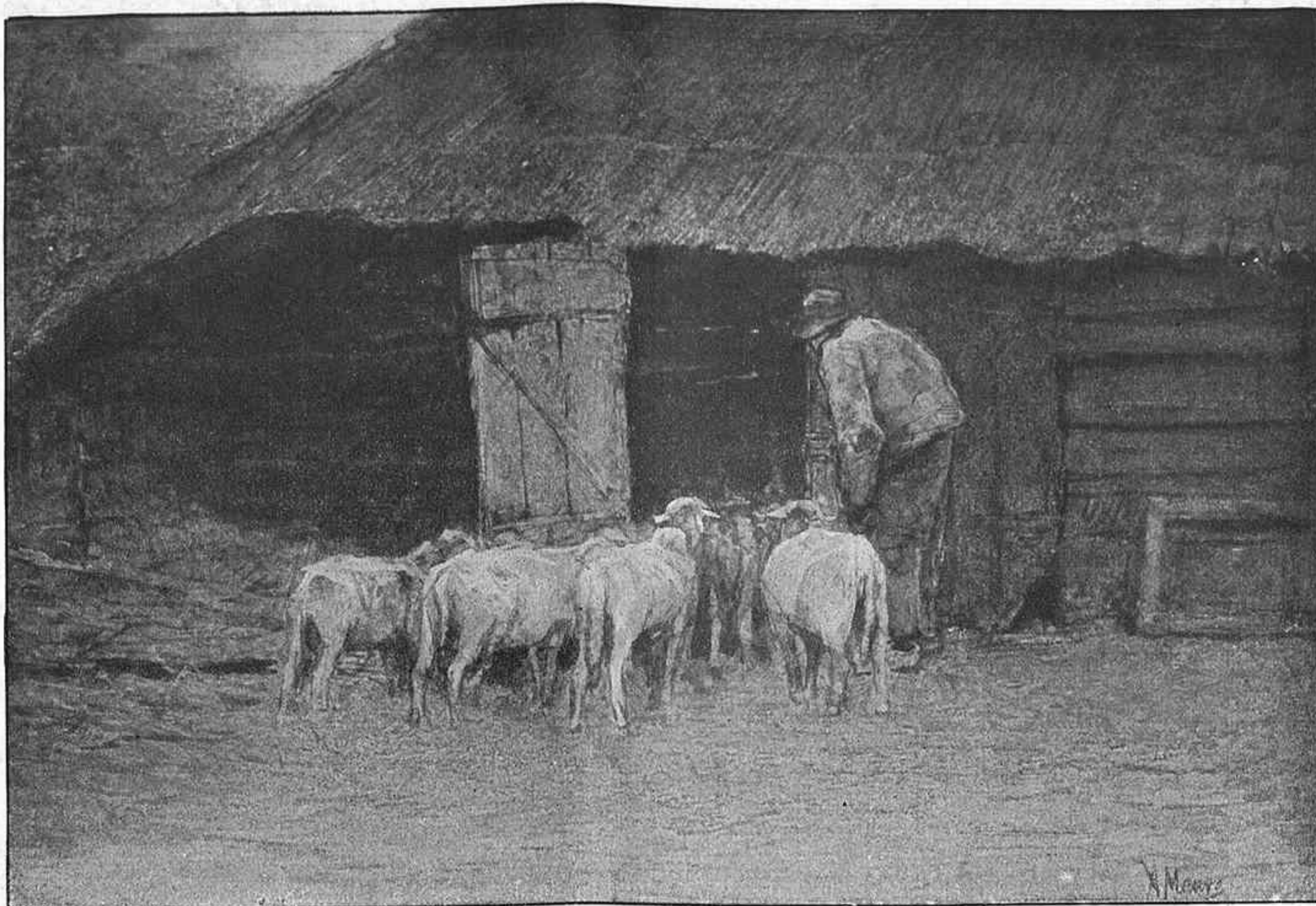
ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

DEL FRÍO AL FUEGO, racconto fácil por Felipe Trigo. — Un tomo de 356 páginas, impreso en Mérida en la imprenta de Corchero y C.ª, y editado en Madrid por F. Beltrán (librería de Fernando Fe). Precio, 3'50 pesetas.

RAYOS «N.» Colección de las comunicaciones enviadas á la Academia de Ciencias de París, por R. Blondlot, con notas complementarias. Traducida al castellano por Mariano D. Berrueta. Un tomo de 130 páginas con varios grabados y una pantalla fosforescente, editado en Madrid por la casa Bailly-Baillière é hijos.

ALMA Y SANGRE, por Luis Rosado Vega. — Colección de poemas, que además de Alma y sangre, contiene Las peregrinaciones, Del amor y del ensueño y otros, así como varias poesías sueltas. Un tomo de 172 páginas lujosamente impreso en Mérida (México) en la imprenta de José Gamboa Guzmán.



Ovejas entrando en el redil, cuadro de Antonio Mauve (reproducido con autorización de T. Agnew é hijos)

LA EDUCACIÓN DEL NIÑO, por José A. Alfonso. — Conferencia dada en la Universidad de Chile. Folleto impreso en Santiago de Chile en la imprenta Cervantes.

MARIN DE ABREDA, por J. Menéndez Agusty. — Novela que forma parte de la Biblioteca de Novelistas del siglo XX, que publica en Barcelona la casa Henrich y C.ª y que fué recomendada por el jurado en el certamen hace poco efectuado por dicha casa. Un tomo de 292 páginas.

NUEVA HISTORIA Y MONOGRAFÍAS GEOGRÁFICAS DE LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA. — CATALUÑA. — Se han publicado los cuadernos 1.º y 2.º de esta nueva geografía, que comprenden parte de la descripción de Barcelona y van ilustrados con mapas, planos y grabados intercalados. Publíquese la obra en Madrid en la imprenta de Ambrosio Pérez y C.ª Precio de cada cuaderno, 60 céntimos.

TRES DÍAS EN LA CORTE DE APELACIONES DE SANTIAGO, por Alvaro Lamas, abogado. — Folleto impreso en Valparaíso en la imprenta Sud-Americana Barra y C.ª

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUBE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

HARINA LACTEADA NESTLÉ
Contiene la mejor leche de vaca.
Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.
PILULES
de **BLANCARD**
EXIGIR LA SIGNATURE
al IODURO de HIERRO
INALTERABLE
APROBADAS por la Academia de MEDICINA
DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES
Depósito: BLANCARD & C.ª, 40, R. Bonaparte, Paris.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS JORET Y HONOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
F.ª G. SEGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Estrado 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Fóne y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et C.ª 81 St-Denis, 36

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria